



Asamblea General

PROVISIONAL

A/46/PV.4

25 de septiembre de 1991

ESPAÑOL

Cuadragésimo sexto período de sesiones

ASAMBLEA GENERAL

ACTA TAQUIGRAFICA PROVISIONAL DE LA CUARTA SESION

Celebrada en la Sede, Nueva York,
el lunes 23 de septiembre de 1991, a las 10.00 horas

Presidente: Sr. SHIHABI (Arabia Saudita)
más tarde: Sr. ROGERS (Belice)
(Vicepresidente)
más tarde: Sr. SHIHABI (Arabia Saudita)
(Presidente)
más tarde: Sr. AL-KHUSSAIBY (Omán)
(Vicepresidente)
más tarde: Sr. SHIHABI (Arabia Saudita)
(Presidente)

- Discurso del Sr. Fernando Collor, Presidente de la República Federativa del Brasil
- Discurso del Sr. Alfredo Félix Cristiani Burkard, Presidente de la República de El Salvador
- Debate general [9]

Declaraciones formuladas por:

Sr. Hannibalsson (Islandia)
Sr. Konate (Burkina Faso)

Discurso del Sr. James Brendan Bolger, Primer Ministro de Nueva Zelandia

- Discurso del Sr. George Bush, Presidente de los Estados Unidos de América

Este documento contiene la versión taquigráfica de los discursos pronunciados en español y de la interpretación de los demás discursos. El texto definitivo será reproducido en los Documentos Oficiales de la Asamblea General.

Las correcciones deben referirse solamente a los discursos originales y se enviarán firmadas por un miembro de la delegación interesada, e incorporadas en un ejemplar del acta, dentro del plazo de una semana, a la Jefa de la Sección de Edición de los Documentos Oficiales, Departamento de Servicios de Conferencias, 2 United Nations Plaza, oficina DC2-0750.

Se abre la sesión a las 10.15 horas.

DISCURSO DEL SR. FERNANDO COLLOR, PRESIDENTE DE LA REPUBLICA FEDERATIVA DEL BRASIL

El PRESIDENTE (interpretación del árabe): La Asamblea escuchará ahora el discurso del Presidente de la República Federativa del Brasil.

El Sr. Fernando Collor, Presidente de la República Federativa del Brasil, es acompañado al Salón de la Asamblea General.

El PRESIDENTE (interpretación del árabe): En nombre de la Asamblea General, tengo el honor de dar la bienvenida al Presidente de la República Federativa del Brasil, el Excelentísimo Sr. Fernando Collor, a quien invito a dirigirse a la Asamblea General.

El Presidente COLLOR (interpretación del texto inglés, proporcionado por la delegación, del discurso pronunciado en portugués): Sr. Presidente: Permítame felicitarlo por su elección, que hace justicia a la tradición de cooperación internacional que defiende la Arabia Saudita y constituye un reconocimiento expreso de sus méritos personales.

Me complace mucho dar la bienvenida a los distinguidos representantes de los nuevos Estados que han ingresado como Miembros de esta Organización: la República de las Islas Marshall y los Estados Federados de Micronesia.

El ingreso como Miembros de las dos Repúblicas que componen la península de Corea es símbolo de un momento prometedor para la paz mundial.

La presencia en esta sala de los distinguidos representantes de la República de Estonia, la República de Letonia y la República de Lituania, cuya lucha tenaz por la independencia ha merecido la admiración universal, alegra especialmente a la comunidad de naciones.

También quiero rendir un homenaje bien merecido al Secretario General, Sr. Javier Pérez de Cuéllar, por la forma equilibrada y abnegada con que lleva ejerciendo, desde hace ya 10 años, las funciones del cargo más alto de la Secretaría de nuestra Organización.

Tenemos el privilegio de vivir en un momento de afirmación universal de los derechos y libertades del individuo, de pluralismo, de respeto de la voluntad de la mayoría, de protección de las minorías, de libre empresa.

Estas conquistas llegan en una era en la que estamos hastiados de conflictos y arbitrariedades. Estos logros subrayan un hecho esencial, a saber: que siempre, tarde o temprano, los intereses colectivos prevalecen sobre los deseos de los grupos que se aferran a los privilegios.

Queremos inaugurar un nuevo ciclo histórico en el que no haya lugar para la coacción totalitaria sobre pueblos o países, en el que la democracia, la libertad, el desarrollo y la paz puedan ser valores auténticamente universales.

Me dirijo a la Asamblea General de las Naciones Unidas como representante de 150 millones de brasileños, como líder electo de una de las mayores democracias del mundo.

Vengo aquí a participar en la celebración de eventos felices. Vengo aquí a compartir alegrías, pero también preocupaciones. Vengo aquí a celebrar, pero también a llamar la atención sobre problemas graves.

Nos enfrentamos al desafío de remodelar el mundo, de construir una paz que no dependa de la amenaza constante de la guerra. Las motivaciones ideológicas y estratégicas del enfrentamiento global afortunadamente han quedado caducas y agotadas. Sin embargo, subsisten focos de tensión que hay que apagar.

Las vías hacia la prosperidad y la distribución de sus frutos son conocidas de todos nosotros. A pesar de ello, los intereses particulares hacen más largo el camino que nos queda por recorrer, con lo que nuestras metas se pierden en el horizonte.

Es como si caminásemos simultáneamente hacia la unión feliz en la democracia y hacia la separación en la desigualdad.

El ideario liberal ha vencido. Ahora hemos de trabajar por garantizar que prevalezca de una forma coherente, amplia y, sobre todo, innovadora.

Hago estas observaciones desde la perspectiva de un país que ha optado por un proyecto liberal claramente orientado hacia preocupaciones sociales, que ha optado por el liberalismo social. Es el punto de vista de una sociedad que, desde hace 18 meses, lucha por hacer realidad estas ideas.

El liberalismo pone el énfasis en las libertades del individuo, que siempre se ejercitan más plenamente cuando quedan aseguradas unas condiciones materiales de las que carece una gran mayoría de nuestros ciudadanos. Ha llegado el momento de que, en el plano internacional, el liberalismo adquiera la conciencia de los problemas sociales que ya ha incorporado a nivel interno.

El liberalismo valora en gran manera la libertad intrínseca del mercado, pero no puede prescindir de los mecanismos necesarios para evitar las distorsiones y el incumplimiento de sus normas más elementales, como ocurre con las actuales políticas discriminatorias y proteccionistas.

Esto significa que, a nivel político, la comunidad internacional tiene que dedicar atención prioritaria a los problemas de desarrollo; significa que hay que complementar el funcionamiento de los mecanismos del mercado con medidas encaminadas a corregir los graves desequilibrios, cuya persistencia pone en peligro las buenas relaciones.

De la misma forma que nadie puede sentirse seguro ante la posibilidad de la guerra nuclear, tampoco puede considerarse seguro y en paz en un planeta en el que cada vez es mayor el número de los pobres y marginados.

No voy a repetir aquí datos e índices estadísticos, muchos de los cuales han sido elaborados en esta casa y que demuestran con alarmante claridad que los países en desarrollo están peor que hace un decenio.

Nos acercamos a un consenso mundial sobre los valores de la democracia y debemos hacer realidad sus premisas éticas. La preocupación por el individuo es el centro de la conciencia democrática. Mediante la participación política y la responsabilidad, el individuo define el destino de su colectividad. Las acciones de los gobiernos democráticos deben orientarse hacia el individuo, porque los objetivos de dichos gobiernos sólo se logran cuando garantizan a todos y cada uno de los ciudadanos los medios efectivos de bienestar y de justicia.

La conciencia democrática no puede ser sino universal, ya que se basa en el principio supremo de la igualdad de derechos y oportunidades para todos.

La democracia no puede ser relativa, bajo ningún pretexto. Por ello es incongruente que tres cuartas partes de la humanidad vivan en una situación de pobreza lamentable y con frecuencia infrahumana.

Si la opresión política ofende a nuestros valores democráticos, lo mismo ocurre con la exclusión económica. Esa certidumbre se hace aún más profunda cuando las víctimas del hambre y la miseria son a menudo los niños y los adolescentes, pues la indignación por el presente se desborda hacia un futuro sin esperanza.

El año pasado, aquí en Nueva York, la Cumbre Mundial en favor de la Infancia puso de manifiesto el amplio consenso con que debe tratarse este problema al más alto nivel y con la determinación más enérgica. Sin embargo, es necesario que la comunidad internacional dé forma concreta y no abandone ese compromiso.

En mi país, el Gobierno trata de movilizar la sociedad a todos los niveles para hacer de los niños nuestra primera prioridad nacional. Al propio tiempo, se han adoptado diversas medidas, tales como la asignación de una Cartera especial a nivel ministerial dedicada a la infancia, para coordinar los esfuerzos en esta esfera y lanzar un programa en marcha de construcción de varios cientos de instalaciones integradas, con el fin de lograr que los niños abandonados dejen de vivir en la calle y reciban educación, alimentos, cuidados médicos y oportunidades culturales y deportivas.

Con los recursos escasos de que disponemos, estamos intentando seriamente hacer todo lo que podemos.

La comunidad internacional se enfrenta a tres desafíos principales: el desafío económico del desarrollo, el desafío político de la paz y el desafío ético de asegurar una vida digna para todos. Estos desafíos no pueden tratarse por separado, sino de forma conjunta y simultánea. Son desafíos que deben tratarse democráticamente, con la participación de todos. Por último, son desafíos que ponen a prueba nuestra capacidad para ubicar la solidaridad en el plano más alto de las relaciones internacionales.

La garantía de la consolidación de la democracia radica en el desarrollo, que representa una premisa básica de la paz. Donde reine la desigualdad, germinará forzosamente la falta de comprensión y el enfrentamiento.

En un mundo en el que se persigue incansablemente la universalidad de valores, pocos avances se hacen en la ruta hacia pautas y ritmos universales de desarrollo.

Tenemos la responsabilidad de construir una sociedad internacional verdaderamente democrática y equilibrada. En una democracia, el ciudadano cumple la ley porque se siente representado legítimamente en su elaboración. Lo mismo debe ocurrir con las normas relativas a las relaciones entre los Estados: la participación, no la coacción, es el mayor estímulo a un comportamiento acorde con la ley. Por esta razón, la Asamblea General, como parlamento mundial en el que están efectivamente representados los ciudadanos de todos los países, es el foro en el que debemos trabajar juntos por un mundo mejor, más justo, más próspero y más pacífico.

El establecimiento definitivo de la paz exige procesos más abiertos de toma de decisiones, que garanticen una participación más amplia y que obliguen a los Estados más extensa y profundamente. El camino natural para enfrentarse a los grandes retos que están en el centro de nuestro programa consiste en la cooperación por medio de normas universalmente aplicables, genuinamente acordadas y seguidas por los Estados. Los pilares de una cooperación auténtica sólo pueden asentarse en el pluralismo nacido de la tolerancia, en el consenso nacido del entendimiento, en la síntesis nacida de opiniones encontradas y libremente expresadas.

La Asamblea General no puede aceptar que se menoscaben sus prerrogativas legítimas, puesto que simboliza de forma creciente el triunfo de la democracia en todo el mundo, lo que a su vez abre perspectivas a la victoria de un sistema internacional igualmente democrático.

La guerra en el Golfo nos ha mostrado unas Naciones Unidas activas. Contamos con su capacidad para influir en la marcha de los acontecimientos y superar los focos de tensión del escenario internacional.

La paz en el mundo pasa obligatoriamente por la paz en el Oriente Medio. Nuestros hermanos en el Líbano ya se están organizando para reconstruir el país en base a un proyecto muy importante: un Líbano unido, libre, próspero y pacífico.

Ahora toca el turno a los árabes e israelíes. El gran sueño de una región donde todos puedan vivir en paz dentro de fronteras reconocidas internacionalmente se logrará mediante el respeto a los derechos del pueblo palestino y un cambio de actitud hacia Israel.

Brasil apoya firmemente la iniciativa de convocar una conferencia de paz sobre el Oriente Medio, con la participación de todas las partes interesadas, encaminada a la plena aplicación de las resoluciones pertinentes de las Naciones Unidas. Esperamos que todos demuestren la flexibilidad necesaria para eliminar los obstáculos, tanto físicos como emocionales, que se oponen al establecimiento de una paz justa y duradera en la región. En este contexto creemos que debe ser reconsiderada la aplicación de rótulos que han agravado la desconfianza entre las partes.

Al lado de los desafíos políticos y económicos, las Naciones Unidas no pueden dejar de enfrentarse al desafío ético de que he hablado. Es necesario concebir nuevos enfoques e instrumentos de acción más creativos y consensuales en las esferas prioritarias del medio ambiente y el desarrollo, de los derechos humanos, de la población mundial y de la situación de la mujer y de los niños.

En este período, que culminará con el cincuentenario de las Naciones Unidas, debemos establecer directrices para las relaciones internacionales en el siglo XXI.

La Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Medio Ambiente y el Desarrollo será el primero entre los grandes encuentros universales que se celebrarán en los próximos años. La Conferencia tiene un compromiso ineludible con las generaciones futuras, ya que éstas serán las beneficiarias de nuestro trabajo, cuyo objetivo primordial es elevar la calidad de vida de todas las personas.

Las soluciones duraderas para los problemas globales requieren el compromiso de toda la comunidad internacional, de acuerdo con la responsabilidad de cada país en el origen y tratamiento de esos problemas y con la capacidad económica y tecnológica para resolverlos. Los meses que nos separan de la Conferencia requerirán consultas intensas. El Brasil se propone explorar al máximo las oportunidades de diálogo y espera encontrar en sus interlocutores apertura y determinación.

Quizás la característica más notable de tal Conferencia sobre el medio ambiente y el desarrollo sea que podrá permitir un debate lo más amplio posible, tan profundo como permita la disposición política de los participantes. Es precisamente con esos objetivos en mente, sin limitaciones ni concepciones previas, que creemos deben tratarse los temas de la Conferencia y adoptarse las decisiones que la coronarán.

En la Conferencia discutiremos las políticas económicas de los países en desarrollo y desarrollados más eficaces para erradicar la pobreza y corregir los modelos insostenibles de producción y consumo. La transferencia de tecnología ambientalmente adecuada exige un tratamiento innovador de la cuestión de la propiedad intelectual para establecer un régimen que favorezca efectivamente el acceso de los países en desarrollo a los avances del mundo industrializado en este campo.

La Conferencia no debe servir de plataforma para reivindicaciones ni recriminaciones; por el contrario, debe ser un escenario favorable para que surjan propuestas maduras y factibles. En último término, se trata de encontrar respuesta al interés común de la supervivencia de la humanidad y del propio planeta.

Así como la cuestión del desarrollo va cediendo terreno en el temario internacional a otras cuestiones, me preocupa que el tema del medio ambiente también pueda también ceder espacio a otros aspectos de la actividad cotidiana mundial.

Es comprensible que los dramáticos acontecimientos de los dos últimos años despierten mucha atención. Pero hay que advertir que la tarea política de construir la paz no opera en el vacío. Depende del desarrollo económico, el cual, a su vez, depende de modelos económicos ambientalmente sostenibles.

No podemos tener un planeta ambientalmente sano en un mundo socialmente injusto. Por eso, las dimensiones política, económica y ética convergen en la cuestión del medio ambiente, pues en ella están contenidos en última instancia los desafíos de la paz y el desarrollo, la mejora de las condiciones de vida de toda la humanidad. De ahí la importancia de nuestro compromiso de encontrarnos al más alto nivel en la Conferencia de Rio en 1992. Reitero otra vez la invitación a todos los Jefes de Estado y de Gobierno de todas las regiones del mundo para que estén presentes en Rio de Janeiro. Su participación será garantía de que las decisiones que adoptemos contarán con el apoyo político necesario. El Brasil les espera a todos con los brazos abiertos.

Mi país lucha para conseguir el lugar que le corresponde en el escenario internacional. Sabemos que para ello debemos contar sobre todo con nuestro propio esfuerzo. Es nuestra obligación ordenar nuestra situación interna, resolver nuestros problemas y perseverar por el buen camino. No hay otro camino para la conquista del progreso, la armonía y el bienestar social. No hay otro camino para conseguir el papel al que aspiramos en los procesos de adopción de decisiones internacionales. No pedimos al mundo nada que no estemos dispuestos a dar. No proponemos nada que no estemos dispuestos a hacer nosotros mismos.

El Brasil es un país demasiado complejo para que se le trate con recetas generales. No hay fórmulas mágicas ni milagros económicos. Nos asociamos al concierto de naciones con el ánimo abierto, con visión de futuro y con generosidad. Esa actitud es la que esperamos recibir a cambio.

Somos conscientes de que la respetabilidad depende de la responsabilidad. A lo largo de nuestra historia cultivamos y practicamos una conducta internacional coherente, responsable y fiel a las reglas y principios de la convivencia entre las naciones. El mundo es testigo de esa tradición.

El año pasado comuniqué en este mismo foro la decisión de mi Gobierno de renunciar a la realización de toda explosión nuclear, incluso con fines pacíficos, si es que pudiéramos llevarla a cabo.

El día 18 de julio de 1991 el Brasil y la Argentina firmaron en Guadalajara, México, el Acuerdo para el Uso Exclusivamente Pacífico de la Energía Nuclear. El Acuerdo tiene gran significación histórica para nuestros países y constituye la prueba de que es posible lograr la seguridad nuclear por medio de la cooperación nuclear.

El Acuerdo de Salvaguardias que el Brasil y la Argentina firmarán con el Organismo Internacional de Energía Atómica (OIEA) proporcionará toda la información pertinente con miras a la verificación de nuestro compromiso para el uso de la energía nuclear con fines exclusivamente pacíficos, y preservará también los avances tecnológicos que hemos alcanzado con esfuerzo en el campo del ciclo de la energía nuclear.

Hace menos de un mes firmamos también, con la Argentina y Chile, el Compromiso de Mendoza, sobre cuya base renunciamos formal y colectivamente a todas las armas químicas y bacteriológicas. Somos conscientes del ejemplo que acabamos de dar para la eliminación de las armas de destrucción en masa y esperamos que en un futuro muy próximo se concrete un acuerdo similar a nivel mundial. El Brasil entiende que los instrumentos mencionados proporcionan garantías renovadas y suficientes con respecto a los objetivos exclusivamente pacíficos de nuestro programa nacional de energía nuclear y de nuestro repudio a las armas de destrucción en masa.

El flujo internacional de bienes, servicios y conocimientos tecnológicos sensibles es hoy un tema vital. Debemos encontrar fórmulas que concilien dos intereses básicos: el de evitar la posibilidad de que dichas tecnologías sean usadas en armas de destrucción en masa y el de asegurar que el acceso a dichas tecnologías permanezca abierto. Ese es un requisito previo esencial para la construcción y modernización de la capacidad tecnológica de países como el Brasil.

Es fácil acoger con satisfacción las transformaciones y regocijarse ante las posibilidades de construir un mundo nuevo. Es doloroso, en cambio, hablar de los muchos obstáculos que aún se interponen en el camino de la esperanza. Entre esos obstáculos encontramos el agudo problema de la deuda externa que drena los escasos capitales de los países en desarrollo, las trabas arbitrarias a la transferencia de tecnología y la falta de respeto por las reglas del mercado bajo la forma de políticas mantenidas, sobre todo, por los países industrializados.

Los caminos que lleven a un marco internacional que garantice la paz y fomenta el desarrollo son complejos y no han sido definidos aún. Existe consenso en cuanto a los objetivos y quizá en cuanto a los medios, pero la resistencia al cambio verdadero sigue siendo enorme. Los grandes pasos que

se han dado en los terrenos de la ideología y la estrategia deben ser acompañados por otros no menos valerosos que fomenten la confianza y la cooperación.

En la dimensión política, la democracia debe abrir el camino para nuevos procesos de decisión en el ámbito internacional. La seguridad debe ser un esfuerzo efectivamente colectivo, impuesto por la fuerza de la ley y no por el espectro de las armas.

En la dimensión económica, si bien hemos abandonado los sueños fáciles y simplistas de la reforma radical de la economía internacional y sabemos que las grandes transformaciones comienzan con el trabajo duro con miras a la reorganización interna, no podemos sin embargo renunciar a las propuestas realistas y sensibles para la cooperación internacional. Estamos empeñados en la lucha por el éxito de la Ronda Uruguay del Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio (GATT), porque creemos que la filosofía de la apertura y la libertad de comercio debe apoyarse sobre una base sólida y equilibrada.

En la dimensión de los valores, existe consenso en cuanto a que nuestro primer deber es el de luchar por el ejercicio pleno de los derechos humanos en los planos político, económico y social. Ese es el gran objetivo en pos del cual debe esforzarse en forma solidaria la comunidad internacional.

El Brasil no persigue otra política que no sea la de alertar, prevenir, proponer y, sobre todo, colaborar. El desequilibrio cada vez mayor entre los países desarrollados y los países en desarrollo constituye una amenaza constante para la estabilidad y la seguridad internacionales. Esa amenaza no hará sino crecer si no existe un apoyo efectivo a la consolidación de la democracia y del desarrollo. Es necesario crear, a nivel mundial, un programa de acción sólido y consensual, organizado en torno a la cuestión del desarrollo, que oriente y estimule las negociaciones sobre temas específicos relativos a las relaciones entre países de todos los niveles de desarrollo económico.

En el continente americano, la Iniciativa para las Américas, hoy conocida como Plan Bush, es una primera señal de disposición para el entendimiento. Siguiendo ese mismo impulso con miras a la integración real del continente, el Brasil, la Argentina, el Paraguay y el Uruguay han firmado el Tratado para la Constitución del Mercado Común del Sur (MERCOSUR), que se ensambla con la Iniciativa para las Américas por medio del Acuerdo de Rose Garden, firmado este año en Washington.

Para concretar las esperanzas surgidas entre los pueblos de la región, ambas iniciativas deben incorporar como objetivo prioritario la búsqueda de una solución de los graves problemas sociales que aún afrontamos. Ese imperativo político, económico y ético no puede ser considerado como un reclamo de un país o de un grupo de países en particular. Es una bandera que debe ser asumida por todos los Estados, por todos los gobiernos.

Estamos próximos al triunfo universal y definitivo de la revolución de la democracia y la libertad. Falta completarla con la revolución de la justicia social y la solidaridad. Que Dios nos acompañe.

El PRESIDENTE (interpretación del árabe): En nombre de la Asamblea General, agradezco al Presidente de la República Federativa del Brasil la declaración que ha formulado.

El Sr. Fernando Collor, Presidente de la República Federativa del Brasil, es acompañado fuera del Salón de la Asamblea General.

DISCURSO DEL SR. ALFREDO FELIX CRISTIANI BURKARD, PRESIDENTE DE LA REPUBLICA DE EL SALVADOR

El PRESIDENTE (interpretación del árabe): La Asamblea escuchará ahora una alocución del Presidente de la República de El Salvador.

El Sr. Alfredo Félix Cristiani Burkard, Presidente de la República de El Salvador, es acompañado al Salón de la Asamblea General.

El PRESIDENTE (interpretación del inglés): En nombre de la Asamblea General tengo el honor de dar la bienvenida a las Naciones Unidas al Presidente de la República de El Salvador, el Excelentísimo Sr. Alfredo Félix Cristiani Burkard, a quien invito a que se dirija a la Asamblea General.

El Presidente CRISTIANI BURKARD: Sr. Presidente: Nos complace sobremanera expresar en primer término nuestro sincero beneplácito por ser usted el designado por esta Asamblea para que guíe y ordene los trabajos de su cuadragésimo sexto período ordinario de sesiones. La alta capacidad, la reconocida experiencia y el efectivo liderazgo que lo caracterizan son un excelente augurio del éxito de este cónclave de reflexión y decisión al más alto nivel universal. Nuestro agrado por su elección va unido al merecido reconocimiento a la destacada labor desarrollada por su ilustre antecesor, Su Excelencia el Sr. Guido de Marco, y es oportuno enfatizar que en tal empalme de méritos y ejecutorias está representada la continuidad del grande y fructífero esfuerzo de coherencia evolutiva tan característico de este foro donde se da cita la comunidad internacional para tratar las más importantes cuestiones de la realidad contemporánea.

Deseamos igualmente manifestar nuestro agradecimiento al Secretario General, Sr. Javier Pérez de Cuéllar, por su positivo desempeño al frente de la Organización, que ha tenido en el curso del año reciente una brillantéz todavía mayor, dados los espacios que la situación política internacional permite ahora a las tareas fundamentales de las Naciones Unidas. La confianza en el multilateralismo se ha incrementado notablemente, fortaleciendo la credibilidad y la capacidad de acción de la Organización mundial y fomentando

la apertura de campos de presencia para ayudar a la solución de problemas específicos. En el caso de El Salvador la Organización, por medio del Secretario General, viene desarrollando una participación constructiva de largo alcance que se plasma en la misión de las Naciones Unidas para la verificación de los acuerdos del proceso de negociación en marcha, de una amplitud y una responsabilidad que no tienen precedentes, y esto es sólo una pequeña muestra del cambio acelerado y básicamente original que se está dando en el mundo.

Esta Asamblea inicia sus trabajos en un momento estelar de la humanidad, en el que vemos y palpamos con inusitada proximidad el movimiento de los mecanismos de la historia, no como expresión abstracta de la dinámica de los tiempos sino como fascinante palpito de la historia misma, descubierta hasta las vísceras de su más profunda racionalidad. La práctica evaporación de todos los dogmas totalitarios, que hasta ayer parecían tan sólidos, nos lleva a plantearnos el antiguo tema del poder de la libertad más que como teoría, como hecho real.

Es inútil insistir en las diferencias de desarrollo y de poderío material entre regiones y entre Estados. Lo que sí es útil apuntar es que durante la mayor parte de este siglo el surgimiento de increíbles maquinarias de poder intimidatorio en el orden mundial pareció sustituir a la energía misma del hombre como ser libre y protagonista de la historia. Lo que estamos viendo actualmente es el resurgimiento de esa energía espiritual y moral por encima hasta de los más sofisticados aparatos de destrucción; y el hecho de que el poder vuelva a centrarse en la libertad del ser humano es ya de por sí un comienzo de recomposición del mundo y de acercamiento inevitable entre latitudes y pueblos. Porque la libertad tiene parecidos problemas de fondo tanto en una gran Potencia como en un pequeño país del llamado tercer mundo, categoría que ya es obsoleta al quedar desautorizada por los acontecimientos la esquemática terminología de la guerra fría.

Nosotros los salvadoreños hemos sido víctimas propiciatorias de esa polaridad abusiva e irracional que dividió al mundo en bandos inevitables sobre la base del artificioso fanatismo ideológico. La guerra salvadoreña no se la inventó nadie, sino que surgió como manifestación de graves fallas y errores en el interior de nuestra sociedad, pero una vez desatada tomó los

colores del conflicto mundial, y así encontró insumos para prolongarse hasta este momento. Para nosotros, pues, la cancelación de la guerra fría no es sólo una buena noticia general, sino un buen augurio particular, que tiene que ver con nuestra propia realidad interna y con las posibilidades de una auténtica y efectiva pacificación.

Por eso estamos aquí, expresando nuestra voz en ésta, que es en realidad la primera Asamblea General que se realiza dentro de un panorama internacional en el que el amargo conflicto Este-Oeste ha dejado prácticamente de existir. Los sucesos ocurridos recientemente en la Unión Soviética, que son expresión de la vitalidad universal del movimiento democrático, dan pie para confiar en que nos orientemos rápidamente hacia una nueva era de cooperación realista y de entendimiento razonables entre las naciones sobre la base del pragmatismo y no dentro de las falaces simplificaciones de las ideologías excluyentes.

Queremos enfatizar que la experiencia nos enseña que sólo el pragmatismo tolerante y abierto es capaz de resolver problemas y enfrentar realidades. Eso es lo que estamos impulsando en nuestro país, que va saliendo de las convulsiones destructivas de la guerra y se encamina hacia una posguerra que será difícil pero tendrá que estar marcada por el signo de la reconciliación nacional. En el plano económico el pragmatismo nos ha señalado la necesidad de impulsar un programa de ajuste y saneamiento que nos prepare para la productividad y la competencia. En el ámbito de la búsqueda de la paz, el pragmatismo nos indica que hay que descartar las soluciones militares y continuar, como lo hemos hecho y lo seguiremos haciendo, en el esfuerzo por las soluciones políticas. Y en el campo internacional, el pragmatismo nos enseña que la integración y la cooperación son las únicas vías para tener acceso a la gran corriente del desarrollo. El pragmatismo que propugnamos no significa, desde luego, olvido o marginación de los principios, sino todo lo contrario; porque según nuestra convicción, el pragmatismo mayor se llama democracia y nosotros somos inquebrantables y fervorosos partidarios de la democracia como régimen de Gobierno y como sistema de vida.

Esta es la tercera vez que subimos a esta magna tribuna, desde que asumimos la Presidencia de El Salvador, el 1° de junio de 1989. Y en las tres oportunidades hemos venido a hablar de paz, de reencuentro y de reconciliación entre los salvadoreños, luego de más de una década de guerra fratricida. Algunos, al principio de nuestro gobierno, tuvieron dudas sobre la orientación de nuestros propósitos; nosotros preferimos no responder a esas dudas, sino esperar a que el tiempo hablara por nosotros. Dos años después, el proceso de pacificación y democratización en El Salvador ha tenido un perseverante y significativo avance; y nosotros presentamos esos resultados no como un mérito propio, sino como el producto de un esfuerzo de todos los salvadoreños, que están profundamente fatigados de la guerra y quieren encontrar definitivamente los caminos de la paz. A esos millones de salvadoreños que nos han enseñado, desde la adversidad y el estoicismo, que es posible la esperanza en un futuro mejor, queremos rendirles tributo de admiración y reconocimiento desde este foro de las naciones.

Los salvadoreños no estamos solos en estas aspiraciones y estos esfuerzos. Afortunadamente, nuestra lucha por la libertad y la construcción de nuestra democracia coincide con un amplio y vigoroso movimiento centroamericano, latinoamericano y mundial en el mismo sentido.

En Centroamérica, a la cual se ha unido con entero derecho y plena fraternidad la hermana República de Panamá, el trabajo de integración económica, social y política avanza con dinamismo esperanzador. Hay una gran conciencia de unidad en nuestra región, y eso ha sido reconocido por los presidentes centroamericanos, que en su Décima Cumbre, realizada recientemente en San Salvador, reconocieron que:

"los cambios y transformaciones acaecidos en los últimos años en el mundo, sitúan a Centroamérica en una etapa histórica que implica una renovada visión de su propio proceso de integración y de inserción en un orden mundial caracterizado por la interdependencia, el surgimiento de nuevas formas de integración y cooperación y una aplicación efectiva del derecho internacional."

En cuanto a América Latina, la Cumbre de Guadalajara, que tomó amplitud iberoamericana, fue otro acontecimiento sin precedentes y de gran proyección hacia el futuro. La convocatoria de México, que dio la medida del

extraordinario liderazgo de ese país hermano, tuvo unánime acogida y culminó en una Declaración cuyos alcances pueden ser percibidos con solo recordar el primer acápite:

"Con especial beneplácito nos hemos congregado, por primera vez en la historia, para examinar en forma conjunta los grandes retos que confrontan nuestros países en un mundo en transformación. Nos proponemos, por ello, concertar la voluntad política de nuestros gobiernos para propiciar las soluciones que esos desafíos reclaman y convertir el conjunto de afinidades históricas y culturales que nos enlazan en un instrumento de unidad y desarrollo basado en el diálogo, la cooperación y la solidaridad."

Queremos destacar esas tres palabras: diálogo, cooperación y solidaridad, como las claves de la nueva era en la que va entrando tanto la convivencia interna dentro de los Estados como la dinámica de las relaciones internacionales. La época de la prepotencia y el abuso está quedando atrás, en medio de montañas de cadáveres y de inconmensurables traumatismos. La intolerancia y el miedo han tratado de enseñorearse del espíritu de la humanidad en este siglo que, por otra parte, es el de las invencibles maravillas tecnológicas. Ya era hora de que las ciencias y los mecanismos de la convivencia humana dieran el salto hacia el futuro, recuperando la libertad de crear y de creer, en un mundo digno del ser humano y de una gran aventura libertaria sobre la tierra.

En el campo político, estamos viendo que caen muros, se derrumban mitos y la libertad avanza con extraordinaria vitalidad. Pero el reto no se detiene ahí. El desarrollo social está aún demasiado rezagado como para permitirnos dormir tranquilos. Nosotros consideramos que la democracia, para que sea sólida y duradera, tiene que abarcar lo político, lo social, lo económico y lo cultural. No queremos perder de vista - quizá porque la devastadora experiencia de la guerra desarrolla un realismo muy lúcido - que el centro de todo proceso es el ser humano concreto, con sus necesidades, sus derechos y sus aspiraciones; y es ese ser humano el que aún padece, en muchas partes, los flagelos de la pobreza extrema, de la marginación social, de la discriminación, de la inseguridad y de la ignorancia, entre otros males.

Esto es un desafío a la conciencia universal, y por eso nos pronunciamos por la convocación de una cumbre mundial para el desarrollo social, que eleve toda esa problemática a un nivel de reflexión verdaderamente global.

Un nuevo orden internacional está emergiendo y esa perspectiva es de gran trascendencia para nuestra Organización. Las Naciones Unidas están ganando espacios de actividad en un mundo que cada vez reclama más intercomunicación multilateral. Los principios de universalidad y de eficiencia tienen que vitalizarse en la medida en que los tiempos demandan de la Organización un trabajo cada vez más amplio y complejo. En cuanto a la universalidad, saludamos con gran satisfacción el ingreso de siete nuevos Miembros a la familia de las Naciones Unidas. En algunos casos - como los de Estonia, Letonia y Lituania - el ingreso tiene un dramatismo conmovedor y auspicioso; pero, en general, expresamos a los representantes de los siete nuevos Miembros de la Organización nuestra bienvenida más calurosa, con la seguridad de que su aporte al trabajo de las Naciones Unidas será excelente y fortalecedor.

Nuestra presencia en la Sede de nuestra Organización tiene en esta oportunidad un especial significado. Antes de este día, en que nos dirigimos a la Asamblea General, hemos estado trabajando intensamente durante una semana con el Secretario General para encontrar vías de aceleramiento a la solución del conflicto salvadoreño. Estamos totalmente convencidos de que ha llegado la hora de que la guerra concluya en El Salvador. Tanto el pueblo salvadoreño como la comunidad internacional están legítimamente impacientes por que la paz inicie en nuestra patria su constructivo camino. Hemos venido trabajando sin descanso ni desfallecimiento para arribar a esta meta, que ahora está muy cercana. Y en esta jornada con el Secretario General hemos logrado avances importantísimos para asegurar que 1991 sea el año de la paz. Los escollos principales están salvados, y ahora solo falta resolver los detalles finales.

Esta es una noticia enormemente esperanzadora para el pueblo salvadoreño, y queremos compartirla con las naciones del mundo, muchas de las cuales están muy cerca de este proceso en el que los salvadoreños nos hallamos empeñados. El Salvador ha sido objeto de atención mundial por la guerra; pero ahora merecemos y demandamos la atención mundial para la paz, a la que estamos

arribando por la vía de la democracia. Es para la democracia salvadoreña para quien solicitamos de la comunidad internacional todo el apoyo necesario para que nuestro país siga avanzando con libertad y justicia hacia la estabilidad y el progreso.

Dado el nivel e importancia de los resultados alcanzados en la reunión de Nueva York entre el Gobierno y el FMLN, con la asistencia directa del Sr. Secretario General, consideramos que el acuerdo total para el fin del conflicto puede ser una realidad en el futuro muy cercano. Desescalar aceleradamente la confrontación armada y acabar con toda forma de violencia que afecta a la población civil son puntos a los que dedicaremos de inmediato especial atención. Queremos que el pueblo salvadoreño goce de la tranquilidad y seguridad que merece, y vamos a analizar y proponer las formas de que eso se logre de una manera seria, auténtica y lo más rápido posible.

Pedimos, como siempre, la confianza y el apoyo de la comunidad internacional para nuestros esfuerzos, e invocamos a Dios para que ilumine a todos los que creemos en la paz y trabajamos humilde y tesoneramente por ella.

El PRESIDENTE (interpretación del árabe): En nombre de la Asamblea General, deseo agradecer al Presidente de la República de El Salvador por su discurso.

El Sr. Alfredo Félix Cristiani Burkard, Presidente de la República de El Salvador, es acompañado fuera del Salón de la Asamblea General.

TEMA 9 DEL PROGRAMA

DEBATE GENERAL

El PRESIDENTE (interpretación del árabe): Antes de dar la palabra al primer orador inscrito en el debate general, quiero recordar a los representantes la decisión adoptada por la Asamblea General en su tercera sesión plenaria, celebrada el 20 de septiembre, en el sentido de que no debe felicitarse a los oradores en la Asamblea General después de pronunciados sus discursos.

Al respecto, también deseo hacer presente a los representantes otra decisión adoptada por la Asamblea en la misma sesión, en la que se recomienda que los oradores que participan en el debate general, luego de pronunciar sus discursos, abandonen el Salón de la Asamblea por la Oficina GA-200, situada en la parte posterior de la tribuna, antes de volver a sus asientos.

Quiero recordar a los representantes que, de conformidad con la decisión adoptada por la Asamblea General en su tercera sesión plenaria, la lista de oradores se cerrará el miércoles 25 de septiembre de 1991, a las 18.00 horas. Deseo solicitar a las delegaciones que tengan a bien indicar, de la manera más exacta posible, la duración que calculan van a tener sus discursos, para que podamos organizar nuestras reuniones de la forma más ordenada.

Sr. HANNIBALSSON (Islandia) (interpretación del inglés):

Sr. Presidente: Permitame que comience expresándole mis felicitaciones por su elección para desempeñar nuestro más alto cargo. Le deseo pleno éxito y le prometo el sincero apoyo de mi delegación.

Me complace aprovechar esta oportunidad para dar la bienvenida a la República de Corea, a la República Democrática Popular de Corea, a los Estados Federados de Micronesia y a las Islas Marshall como nuevos Miembros de las Naciones Unidas.

Asimismo, me satisface mucho poder dar la bienvenida a los tres Estados bálticos: Estonia, Letonia y Lituania, como nuevos Miembros de nuestra Organización mundial. Tras haber sufrido medio siglo de ocupación militar y anexión forzada, la actual situación jurídica de los Estados bálticos como miembros plenamente reconocidos de la comunidad mundial es más que oportuna.

Las relaciones entre Islandia y estos tres vecinos europeos se han intensificado durante los últimos años y esperamos con optimismo una mayor cooperación con sus Gobiernos en este y en otros foros multilaterales.

No es más que un reflejo natural de los tiempos que corren el hecho de que nuestra atención y nuestros pensamientos se detengan en el proceso de cambio en nuestro ambiente político inmediato y en los retos por venir. Pocas veces, si es que ha ocurrido en alguna ocasión, la historia ha registrado una transformación tan radical y rápida de la política internacional y de las relaciones entre los Estados como la que acabamos de presenciar recientemente en Europa. Rara vez las tareas mundiales y la necesidad de un esfuerzo colectivo han sido tan enormes.

Los grandes cambios conllevan tanto oportunidades como riesgos. En realidad, las oportunidades inherentes a la transformación de Europa central y Europa oriental han puesto fin a la guerra fría.

Los acontecimientos producidos en Europa han progresado en tal medida que tenemos motivos para creer que el avance de la democracia no se detendrá. El fallido golpe que se llevó a cabo en la Unión Soviética el mes pasado demostró la tenacidad de las aspiraciones democráticas. La intimidación política y militar fue resistida con éxito por el pueblo de Rusia y su Presidente elegido democráticamente, Boris Yeltsin, un dirigente valiente que se mostró a la altura de las circunstancias. Se vieron fortalecidas nuestras esperanzas de que los tanques y los muros de hormigón nunca más sean un factor determinante en la política europea. Por el contrario, los principios de la democracia, la libre determinación y el dominio de la ley han de prevalecer.

Sin embargo, no podemos cerrar los ojos ante el hecho de que el proceso de democratización y de reforma económica en Europa central y Europa oriental sigue amenazado de un peligro que surge de varios factores, en particular los problemas económicos paralizantes y los conflictos étnicos. La extrema vulnerabilidad de las nuevas democracias es evidente para todos. Ellas tienen que enfrentarse a perturbaciones políticas y sociales derivadas de dificultades económicas, conflictos étnicos y, en algunos casos, nacionalismo extremo.

El Presidente Vaclav Havel de la República Federal Checa y Eslovaca ha señalado que la democratización de Europa central y Europa oriental y su transición a la economía de mercado se ven "afectadas por más impedimentos de los que se esperaba originalmente y que el legado maldito al que deben enfrentarse estos países es más profundo y tiene ramificaciones más amplias de lo que nadie pudo imaginarse".

La historia da cuenta de numerosos ejemplos de interconexión entre la guerra y los cambios fundamentales. Con frecuencia, la declinación y caída de los imperios han resultado en derramamientos de sangre. Debemos ser conscientes de los riesgos que plantean los cambios.

La situación en Yugoslavia es indicativa de estos riesgos. También sirve como recordatorio de que los conflictos étnicos ya no pueden considerarse como responsabilidad exclusiva de los Estados individuales. Tales conflictos pueden tener implicaciones más amplias y podrían constituir una amenaza a la paz y la seguridad internacionales.

Evidentemente, en Yugoslavia no se ha comprendido la lección fundamental de la transformación operada en Europa. No puede mantenerse un orden político basado en la coacción y la opresión, contrariando la voluntad del pueblo. El hecho simple es que si los pueblos de Yugoslavia no están dispuestos a mantener el país unido, no se mantendrá unido. La comunidad internacional tal vez tenga que aceptar este hecho y acatar el llamamiento de reconocimiento de Croacia y Eslovenia.

La futura estabilidad y seguridad del continente europeo dependerán de que siga teniendo éxito el proceso de democratización, así como del alivio de los problemas económicos y étnicos. La tarea es compleja y su orden de magnitud profundo. Demandará grandes esfuerzos de los pueblos de Europa central y oriental. Sin embargo, será esencial también la asistencia externa política, económica y tecnológica. Ya no protegeremos nuestros propios intereses mediante la pasividad o la inacción: vacilar en esta coyuntura iría en contra de nosotros mismos. El comunismo en Europa central y oriental es cosa del pasado. Lo que quede de esta ideología se esfumará más pronto que tarde.

La situación actual recuerda los años que siguieron a la segunda guerra mundial. La tarea desalentadora de construir a partir de las ruinas de la guerra tiene cierta similitud con la necesidad de reconstrucción en Europa central y oriental tras años de opresión y centralización económica: había entonces la misma sensación de abatimiento y frustración. La reconstrucción de la posguerra tuvo éxito debido a ese esfuerzo singular en la historia de las relaciones internacionales que fue el Plan Marshall, un acto extraordinario de prudencia política. Ese gesto magnánimo proporcionó a las economías europeas agotadas los recursos necesarios para su autosuficiencia. Tuvo igual valor el apoyo psicológico que se prestó a los pueblos de Europa. Los países de Europa central y oriental necesitan ahora ambas cosas y lo que se requiere es un nuevo Plan Marshall.

Con esto no quiero decir que los acontecimientos recientes de Europa deban predominar en nuestras deliberaciones en forma tal que excluyan todas las demás preocupaciones. Sin embargo, no podemos dejar de lado las consecuencias positivas que tendría para el mundo la reducción del peligro de una guerra catastrófica. Solamente si Europa se mantiene estable y pacífica pueden recuperarse los recursos absorbidos por la guerra fría. Este será el principal requisito previo para una acción más concertada en los asuntos internacionales. La conclusión satisfactoria de la guerra fría permitió a las Naciones Unidas reaccionar rápida y decisivamente ante la brutal invasión de Kuwait por parte del Iraq.

Durante la segunda guerra mundial se hizo dolorosamente evidente la necesidad imperiosa de un sistema de seguridad colectiva y mundial eficaz. Posteriormente se creó nuestra Organización mundial. A lo largo de los cinco decenios transcurridos se ha ampliado nuestra concepción de la seguridad y se ha profundizado nuestra conciencia de las distintas interdependencias. Por importante que pueda ser la dimensión defensiva de la seguridad, el concepto también abarca aspectos políticos, económicos, sociales y, cada vez más, ecológicos. No pueden alcanzarse ni mantenerse a largo plazo la paz y la seguridad sin derechos humanos, desarrollo económico y estabilidad ambiental. Para que un sistema de seguridad colectiva y mundial se aplique de manera eficiente al encarar las graves amenazas a nuestro ambiente común será indispensable una mayor cooperación internacional. Debemos aprovechar la oportunidad que ofrece el clima político internacional imperante para concentrar nuestra atención y nuestras energías en la construcción de un sistema de seguridad colectiva y mundial. Al hacerlo, podremos por fin realizar el orden mundial de derecho internacional y cooperación que concibieron los autores de la Carta de las Naciones Unidas.

Los países nórdicos ya han iniciado la formulación de su enfoque común de esta oportunidad. Llegado el momento, todos los Miembros de esta Organización tendrán que ponerse de acuerdo sobre un canal adecuado para nuestras deliberaciones y decisiones. Un grupo encabezado por el ex Canciller de Alemania, Willy Brandt, ha sentado bases significativas, haciendo sugerencias y propuestas sobre reformas de organización en las Naciones Unidas. El Gobierno de Islandia apoya la propuesta del grupo de crear una comisión internacional independiente sobre gobierno mundial para preparar una reunión mundial al más alto nivel a fin de responder a este desafío.

La oportunidad actual de revitalizar a las Naciones Unidas es un verdadero dividendo de la paz. Una manera de aprovechar esta oportunidad sería actuar rápidamente para consolidar medidas tomadas bajo los auspicios de esta Organización con miras a instituir un orden mundial estable de los océanos. La Convención de las Naciones Unidas sobre el Derecho del Mar fue suscrita en Jamaica hace nueve años. Ciento cincuenta y nueve Estados firmaron la Convención, con lo cual expresaron su acuerdo con los objetivos y

propósitos de ese instrumento. Cuarenta y nueve Estados han ratificado la Convención o adherido a ella, por lo que puede preverse que entre en vigor durante los próximos dos años.

Islandia ha ratificado la Convención y cree que sus disposiciones constituyen un régimen ampliamente aceptable para la explotación racional de los recursos marinos del mundo. Ha fijado normas para una amplia gama de usos de los mares, con lo cual se reducen las posibilidades de conflicto entre Estados interesados. Podría agregar que, en materia de protección ambiental, la Comisión Brundtland llegó a la conclusión de que la primera y más importante medida que podrían tomar los Estados en interés del sistema de apoyo a la vida amenazada de los océanos era ratificar la Convención.

Naturalmente, somos conscientes de que una serie de países industrializados siguen preocupados por las normas de la Convención sobre la explotación de los fondos abisales. En esto debemos actuar con rapidez para preservar los vínculos que se forjaron entre las naciones en desarrollo y el mundo industrializado en la Tercera Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Derecho del Mar. Consideramos que algunas de las dificultades pueden relacionarse con divergencias ideológicas del pasado, pero se trata de divergencias que están desapareciendo rápidamente de la escena internacional.

El Gobierno de Islandia se siente alentado por los esfuerzos que se están haciendo para que la Convención se aplique de manera viable. Aplaudimos la iniciativa del Secretario General y exhortamos a todos los Estados a que apoyen esos esfuerzos, lo que redundaría en beneficio de toda la comunidad internacional.

El año entrante se reunirá en Rio de Janeiro la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Medio Ambiente y Desarrollo. El Gobierno de Islandia tiene grandes esperanzas en el resultado de la Conferencia, que está dedicada a nuestro futuro común.

La cooperación internacional en cuestiones ambientales debe basarse en el derecho de todos los seres humanos a un ambiente sano. Todos nosotros debemos aceptar la obligación de conservar los recursos naturales y mantener la diversidad biológica; y los más ricos entre nosotros no deben cerrar los ojos ante la necesidad justificada de la humanidad de recursos naturales a utilizarse sobre la base del principio del rendimiento sostenible óptimo.

Estos principios deben incorporarse a un instrumento jurídico conciso, aprovechando la experiencia de la formulación de la Convención sobre el Derecho del Mar.

El Gobierno de Islandia se siente muy perturbado al observar que en el proceso de la Conferencia de Río se ha intentado presentar propuestas sobre la disposición de las ballenas. Estas propuestas hacen hincapié en ambiguas consideraciones éticas y así plantean una cuestión ambiental falsa, lo que va contra el principio del desarrollo sostenible. Este problema se complica cuando los Estados consideran la implantación de restricciones comerciales como reacción ante las divergencias en políticas ambientales.

El Gobierno de Islandia estima que la Conferencia de Río debe establecer un plan de acción sustantivo relativo a todos los grandes sectores que afectan a la relación entre el ambiente y la economía. En particular, debe haber medidas inmediatas para limitar y vigilar todo vertimiento y descarga de materiales radioactivos, metales pesados y sustancias orgánicas persistentes en los océanos o en depósitos de los subsuelos marinos. Nos preocupa sobre todo el peligro persistente de la contaminación radioactiva de los océanos: la amenaza emana de diversas fuentes, y no es la menor de ellas la que deriva de las instalaciones cercanas a las áreas oceánicas. Simplemente no se puede aceptar que haya Estados que planeen instalaciones riesgosas en circunstancias en que el más leve accidente puede tener efectos calamitosos sobre Estados vecinos.

El riesgo emana también de los reactores nucleares en el mar.

El Gobierno de Islandia seguirá trabajando en pro del reconocimiento internacional de los peligros posibles que plantean los accidentes que incluyen reactores nucleares en el mar. Inevitablemente, los factores ambientales desempeñan un papel principal en la actitud de Islandia sobre la limitación de armas navales y el fomento de la confianza.

Además, el Gobierno de Islandia cree que la gestión y conservación internacional de los recursos vivos del alta mar merecen que la comunidad mundial les preste mayor atención. O, como se expresa en la Declaración sobre un Nuevo Programa Global:

"El objetivo de la guerra fría fue hacer que otros modificaran sus valores y su conducta, pero ganar la batalla para salvar el planeta depende de que cambiemos nuestros propios valores y conductas."

Ese es el mensaje de Vinland Revisited, una empresa conjunta de Noruega e Islandia, no sólo para conmemorar la unión de Europa y América, hace mil años, sino, lo que es más importante, para mirar hacia adelante y preguntarnos cómo, en los tiempos modernos, el espíritu de aventura se podría aplicar a elaborar el futuro común de la humanidad en nuestro planeta. Recordemos que no tenemos nuevos continentes para explotar o expandirnos. No tenemos otra alternativa que aceptar nuestra obligación común de preservar nuestro hábitat natural, el único planeta con que contamos.

La interacción entre el estado del medio ambiente y el progreso del desarrollo es cada vez más clara. Podemos aumentar considerablemente el apoyo al desarrollo y, al mismo tiempo, contribuir a la protección mundial del medio ambiente mediante el aumento de la cooperación económica internacional.

Durante el último decenio la situación económica en la mayoría de los países en desarrollo se ha deteriorado. Es innegable que el proteccionismo de algunos de los países industrializados es una de las razones principales de esta tendencia. En realidad, los países en desarrollo se perjudican más por el proteccionismo de lo que se benefician con la asistencia para el desarrollo. En consecuencia, los países industrializados podrían hacer una importante contribución al desarrollo liberalizando el comercio y abriendo sus mercados a los productos de los países en desarrollo.

Como país sumamente dependiente de un recurso natural y de un producto básico de exportación, Islandia puede muy bien entender la situación a la que se enfrentan muchos países en desarrollo. Es más; muy pocos países son tan dependientes del comercio exterior como el mío. En realidad, los problemas causados por el proteccionismo no se limitan a las relaciones entre países industrializados y países en desarrollo, sino que surgen también en las

relaciones entre los propios países industrializados. Como miembro de la Asociación Europea de Libre Comercio (AELI), Islandia ha participado activamente en las negociaciones con sus vecinos europeos y con frecuencia se ha enfrentado, al mismo tiempo, con las mismas políticas sin visión de futuro que han impedido el acceso de los países en desarrollo a los mercados de Europa. La política de las comunidades europeas de vincular el comercio con el acceso a los recursos es totalmente inapropiada e inaceptable. Esa política es un obstáculo en el camino hacia una mayor integración europea.

Los esfuerzos por fortalecer las economías de los países de Europa central y oriental son un incentivo adicional para un comercio liberalizado, ya que esas economías pueden absorber recursos que, de otra manera, estarían disponibles para programas de asistencia a los países en desarrollo. Es poco probable que encontremos mejores medios de rectificar esta situación que la liberalización de las políticas comerciales.

No es necesario que este proceso sea prolongado. Ya hemos llegado a las etapas finales de la Ronda Uruguay de negociaciones en el marco del Acuerdo General de Aranceles y Comercio (GATT). Estas negociaciones son de importancia primordial para la estabilidad futura de la comunidad internacional. Ahora debemos aplicar la voluntad política que las conduzca a una feliz conclusión.

En mis observaciones iniciales me referí a la transformación histórica de Europa central y oriental. Creo que no es demasiado "eurocéntrico" señalar que los recientes acontecimientos en Europa han sido de importancia política y económica mundial. Pero, más que esto, demuestran a todo el mundo que el espíritu humano es indomable. El triunfo de la democracia, que por sí mismo conlleva el respeto a los derechos humanos, constituye un claro mensaje a los oprimidos de todas partes, en el sentido de que su causa no está perdida, ya que ni siquiera los más poderosos medios de opresión del totalitarismo pudieron sofocar, someter o contener la disensión o la oposición. Como dijo un perseverante y gran humanista, el Presidente Landsbergis, de Lituania:

"La independencia y la dignidad inherentes al espíritu humano prevalecerán."

Sr. KONATE (Burkina Faso) (interpretación del francés): Sr. Presidente: Tiene usted la tarea delicadísima de presidir los trabajos de la Asamblea General en un momento especialmente sensible de la historia de las relaciones internacionales. Le aseguramos el apoyo de nuestra delegación y sabemos que podemos confiar totalmente en sus dotes de diplomático avezado y hombre de experiencia. Su país y el mío mantienen relaciones privilegiadas y multiformes, señal evidente de una amistad sólida y de una comunidad de intereses.

Asimismo, permítaseme expresar nuestra total satisfacción por la labor realizada por su predecesor, el Sr. Guido de Marco, en la conducción de los debates del cuadragésimo quinto período de sesiones de la Asamblea General.

Saludamos y damos la bienvenida a los países que se han unido a la comunidad de las Naciones Unidas, es decir, la República Popular Democrática de Corea, la República de Corea, la República de las Islas Marshall, los Estados Federados de Micronesia, la República de Letonia, la República de Estonia y la República de Lituania.

Al dirigirme al Secretario General de las Naciones Unidas, deseo expresarle todo nuestro agradecimiento por el papel que ha desempeñado a la cabeza de la Organización. Su paciencia y serena decisión han fortalecido y otorgado mayor credibilidad a las Naciones Unidas.*

En el concierto de las Naciones, Burkina Faso cuenta con poco más de 9 millones de habitantes, con una superficie de 274.000 kilómetros cuadrados de territorio enclavado, y quiere ser, como otros, una voz que interroga y propone.

Los últimos 24 meses han cambiado el escenario internacional. En todas partes surgen llamamientos a la cooperación y palabras de encomio por las rápidas mutaciones que estamos viviendo. Se dice que la época ya no se caracteriza por la reivindicación brutal sino por criterios de conciliación y diálogo, ya que las fuerzas en marcha no buscan el enfrentamiento sino el establecimiento de un nuevo orden mundial fundado en el respeto de los derechos humanos. Este es el panorama, sucintamente presentado.

* El Sr. Rogers (Belice), Vicepresidente, ocupa la Presidencia.

No obstante, las secuelas y consecuencias de la rivalidad Este-Oeste, así como las dinámicas endógenas positivas o perniciosas, continúan afectando a las regiones del mundo.

También somos testigos de fenómenos de fusión y fisión. Al mismo tiempo que se habla de reagrupamientos, de grandes conjuntos, observamos el desmembramiento de grandes grupos. En momentos en que asistimos a la afirmación y surgimiento de nuevas soberanías, se oye hablar del "deber de injerencia".

Todas estas nociones se entrecrocán, sin que sepamos a qué atenernos sobre su futuro. Todo período de mutación se caracteriza por el trastorno de los conceptos y realidades y por la multiplicación de las contradicciones inherentes a la súbita aceleración de la historia.

Las transiciones, valiéndose de esos elementos, generan en su momento una relación de fuerzas que modela el futuro. La cuestión que se plantea es la de saber en qué medida la abrumadora mayoría de la humanidad se ha de beneficiar con esta evolución.

En el Africa meridional se producen dolorosos acontecimientos. El apartheid del régimen de Pretoria continúa comprometiendo la salud económica y la estabilidad de los Estados de la línea del frente. Mozambique, particularmente, paga un pesado tributo. Asimismo, la Resistencia Nacional de Mozambique (RENAMO) prosigue con su triste tarea de sabotajes y destrucciones, obstaculizando las conversaciones iniciadas. Burkina Faso reconoce el mérito de las autoridades de Mozambique al proseguir por el camino de una solución negociada. Al Gobierno y el pueblo de Mozambique les reiteramos nuestro aliento y solidaridad.

En Angola, los Acuerdos de Alvor, con la cooperación de todos tanto en el interior como en la subregión y en el exterior, deberían mejorar decisivamente la situación y conducir a la paz.

En la propia Sudáfrica, cabe alegrarse por la abolición de los pilares legislativos del apartheid que ha hecho el Sr. de Klerk. Sin embargo, sigue existiendo uno de los fundamentos del apartheid: se trata de la Constitución actual. También cabe deplorar las maniobras realizadas por el régimen de Pretoria, que han conducido a los actos de violencia de los que hemos sido testigos impotentes en estos últimos meses. La comunidad internacional, enterada de esos métodos execrables, debería mantener las sanciones con el fin de acelerar el proceso de eliminación del apartheid. Por eso, Burkina Faso apoya la prosecución de las negociaciones en Sudáfrica con el propósito de implantar las medidas provisionales apropiadas para asegurar el advenimiento de una Sudáfrica totalmente democrática. En ese sentido, junto con el Movimiento de los Países No Alineados apoyamos la idea de una asamblea constituyente democráticamente elegida.

En el Africa occidental, en lo que se refiere a Liberia, la cumbre de Yamoussokro, del 16 de septiembre último, se suma a los esfuerzos realizados por el Comité de Mediación y por el Comité de los Cinco, que son fuertemente apoyados por Burkina Faso dentro del marco de la ejecución del plan de paz de la Comunidad Económica de los Estados del Africa Occidental (CEDEAO), a fin de restaurar la paz y celebrar elecciones libres y honestas.

En el Sáhara Occidental, con el propósito de que finalice el largo proceso iniciado desde la retirada española, invitamos a todas las partes a cooperar con las Naciones Unidas para que se celebre un referéndum de autodeterminación después de que se acepte la cesación del fuego dispuesta el 6 de septiembre último.

En el Cuerno de Africa, la situación en Somalia requiere que prosigan y se fomenten los esfuerzos incesantes para lograr la paz y la estabilidad. La vecina Etiopía ha entrado en un proceso de reconciliación y de transición cuyo objetivo es el establecimiento de una paz duradera, dentro de la democracia y la justicia.

Esperamos que en Rwanda tengan éxito los esfuerzos emprendidos por la subregión y por la Organización de la Unidad Africana (OUA) para alcanzar una solución negociada y pacífica.

En Centroamérica, los conflictos y las situaciones que nos preocupaban en períodos de sesiones anteriores han experimentado un apaciguamiento o una solución. Apoyamos los esfuerzos del Secretario General en El Salvador. Igualmente nos congratulamos por los esfuerzos realizados en la región para convertirla en una zona de paz, libertad, democracia y desarrollo.

En Asia, los últimos resultados obtenidos con respecto a Camboya son alentadores y positivos. Exhortamos a todas las partes a continuar en esa dirección, a fin de alcanzar una solución rápida, negociada y pacífica.

Del mismo modo, apoyamos las iniciativas del Secretario General de las Naciones Unidas para lograr una solución política general de la situación en el Afganistán.

Respalamos igualmente la reunificación pacífica e independiente de Corea del Norte y Corea del Sur, en base a su comunicado conjunto del 4 de julio de 1972. Le damos la bienvenida a ambos Estados.

Kuwait ha sido liberado. En su momento, todos condenamos la invasión. Saludamos a las autoridades y al pueblo kuwaitíes, cuyos derechos y prerrogativas han sido restablecidos.

Los sufrimientos soportados han marcado fuertemente a la región. La labor de reconciliación deberá ser apoyada y mantenida. La guerra es siempre terrible; sus estragos no distinguen entre agresores y agredidos.

Las primeras víctimas son mujeres y niños. El conflicto del Golfo no ha sido una excepción. Se produjo en un periodo en que se atenuaba el enfrentamiento entre el Este y el Oeste y volvían a definirse nuevas relaciones en la escena internacional. La aparición, el tratamiento y la conclusión militar y política de ese conflicto ha reorientado y establecido claramente los nuevos datos internacionales. El concepto de "nuevo orden mundial" ya había sido mencionado mucho antes del 2 de agosto de 1990. Sin embargo, en este mismo momento, ¿qué sabemos de sus límites y de su contenido? El Consejo de Seguridad y las Naciones Unidas, movilizados como nunca lo habían estado, ¿hicieron todo lo que la comunidad internacional tenía derecho a esperar de ellos? En ese caso, ¿tenemos nosotros derecho a esperar la misma determinación, la misma eficacia, la misma diligencia para los problemas ya planteados o por suceder? ¿El nuevo orden mundial se basa en la universalidad del mensaje de la Carta de las Naciones Unidas o bien se funda en las realidades duras y selectivas de la relación de fuerzas internacional? En estas condiciones, ¿qué parte y qué papel les son reservados a los desheredados, a la inmensa multitud de seres que tienen hambre y sed y sufren la ignorancia y las enfermedades? En resumen, ¿están en la puerta, estos condenados de la tierra, o entran a la casa común para que, como hermanos, nos sentemos, compartamos y crezcamos juntos?

Si existe una región perturbada, una región desgarrada, el Oriente Medio detenta ese triste privilegio.

Las preguntas que se plantean una y otra vez cuando se examina la cuestión de Palestina son las siguientes: ¿cómo aquellos que han sufrido estar sin patria pueden, conscientemente, negar a otros hombres el derecho a una patria?

¿Cómo se puede hoy confiscar a esos hombres una tierra en la cual han estado instalados de manera ininterrumpida desde hace siglos para darla a recién llegados, afirmando que los primeros no están en su casa?

¿Cómo se puede querer para uno lo que no se quiere para otro?

Este es el motivo por el cual las Naciones Unidas han sostenido el principio de una conferencia internacional para la paz en el Oriente Medio, no para complicar las cosas sino para implantar una paz justa y duradera. No se acalla la voz de un pueblo que lucha por sus derechos. Si hoy Burkina Faso

une su voz a la de otros Miembros de las Naciones Unidas para desear una calurosa bienvenida a Letonia, Estonia y Lituania, es porque un paréntesis de 51 años no ha sofocado su ardor nacional y la realidad de sus derechos. Lo mismo ocurre con la tenaz determinación del pueblo palestino. Burkina Faso considera que las concesiones hechas por la Organización de Liberación de Palestina (OLP) desde hace tres años merecían recibir otra respuesta que la de la intransigencia y el rechazo. Alentamos las iniciativas emprendidas para resolver la situación en el Oriente Medio, en la medida en que sean susceptibles de conducir a una paz justa, equitativa y duradera, que tenga en cuenta los derechos fundamentales de unos y otros.

El Líbano ha salido de un largo período de conflictos. Recibimos con agrado todos los acontecimientos positivos tendientes a la reconciliación nacional y la restauración de su soberanía y su integridad territorial.

En Yugoslavia está ocurriendo una tragedia, ya que se ha iniciado una guerra civil. No podemos sino deplorar este drama, que ha afectado al mismo símbolo del Movimiento de los Países No Alineados en su parte europea. El Movimiento de los Países No Alineados constituyó el rechazo del enfrentamiento entre el Este y el Oeste y de sus consecuencias. Ese enfrentamiento da lugar a una cooperación cada vez más abierta. Yugoslavia, país pionero, se ve sacudido en el momento del acercamiento.

Entre fusión y fisión, Europa avanza hacia la integración económica y el desmembramiento político. Lo esencial reside en la voluntad de los pueblos, pero la supervivencia depende de la solidaridad de los pueblos y de un sistema internacional basado en la justicia y la equidad. Queremos basar ese sistema en los derechos humanos y en el pluralismo político.

Los nueve millones de habitantes de Burkina Faso están integrados en la multitud del Sur. Las aspiraciones de los hombres del Norte y del Sur son las mismas: aspiraciones de dignidad y de seguridad. Los derechos humanos son indivisibles y preocuparse por ellos es lo más noble y lo más fecundo que puede hacer la humanidad, ya que más allá de los discursos y las manipulaciones, la afirmación clara y concreta es que el hombre es verdaderamente lo más importante.

Cuando la comunidad internacional se sublevó contra el apartheid, defendía precisamente los derechos humanos. Cuando el Movimiento de los Países No Alineados combatía el colonialismo, eran los derechos humanos los que defendía. Cuando en el siglo pasado algunas naciones colonizaban territorios, lo que pretendían poner en práctica era cierta idea de los derechos humanos: la "misión civilizadora". Cuando se acusa a algunas regiones del mundo de corruptas y de violar flagrantemente los derechos humanos, muy a menudo el corrompido del Sur tiene su contrapartida y su corruptor en el Norte, y en ocasiones incluso viceversa, ya que así es el equilibrio del mundo.

Y si el mundo cambia, debe cambiar positivamente. El riesgo que correremos todos es ver que se repiten las conductas nocivas bajo la guisa de conceptos inocentes o consensuales. La misión civilizadora y los derechos humanos no deben ser las dos caras de una misma moneda. Por decirlo de otra forma, no debe permitirse que los mismos actores, con distintos disfraces,

continúen actuando como en el pasado, es decir, entrando a la fuerza y con buena conciencia en nuestras sociedades, ni mejores ni peores que las suyas, sino simplemente más expuestas. Ayer se avanzaba bajo la misión civilizadora y hoy cabe temer que se avance con el pretexto de los derechos humanos.

Nadie se opone a los derechos humanos ya que son parte integral del hombre. No defender sino una visión parcial de los derechos humanos es condenar al hombre a la explotación y a la pérdida de sus derechos. El derecho al desarrollo, el derecho a la alimentación, a tener un techo, a la atención básica de la salud y a la educación, también son parte integrante de los derechos humanos. Sostener este último aspecto sin reconocer ni aceptar el carácter fundamental de los derechos del individuo sería, y esto es evidente, una forma imperfecta de plantear y resolver el problema. Del mismo modo, hay que insistir en los derechos del individuo, y limitarse únicamente a su defensa es negarse a ver el mundo tal como es hoy en día.

Lo que sigue se deduce de lo que precede. El pluralismo político es una de las formas de democracia. La democracia puede ser el pluralismo político, pero se precisa algo más. Ese algo más es la base de la democracia y recoge los derechos de los que he hablado antes. Un entorno económico estructuralmente desfavorable y una situación social y económica interior deficiente no son terreno abonado para la democracia. Burkina Faso considera que actualmente se impone la evidencia de que el ayuntamiento "democracia-desarrollo" está indisolublemente unido por una interacción permanente. Desgraciadamente, puede constatar que esta evidencia no conduce a sus consecuencias lógicas.

El deterioro de la situación económica de Africa, junto con su creciente marginalización, condena a 500 millones de personas al estancamiento, el retroceso y el empobrecimiento continuo. El decenio de 1980 fue una década perdida, en la que el número de países menos adelantados aumentó de 28 a 42, y entre ellos la mayor proporción la constituyen países africanos.

La deuda exterior de Africa es una pesada carga. Esta deuda actualmente alcanza los 270.000 millones de dólares. El servicio de esta deuda por sí solo constituye como promedio más del 25% de los ingresos de Africa por concepto de exportaciones. En algunos países de dicho continente, el 100% de los ingresos en concepto de exportaciones son absorbidos de ese modo. Cabe

señalar que del 85 al 95% de las exportaciones de África son productos básicos, cuyo precio disminuye constantemente en los mercados.

En 1986, las Naciones Unidas aprobó un Programa de Acción para la recuperación económica y el desarrollo de África. Cinco años después, y a pesar de las políticas y reformas emprendidas por países africanos, a pesar de su costo político y social, los países industrializados no han aportado lo que habían prometido. En aquel entonces, el consenso describía la crisis económica africana como esencialmente estructural, que precisaba para su reabsorción un proceso a largo plazo, conducido a la vez por países africanos y países donantes. Los países desarrollados y las instituciones financieras internacionales debían aportar una contribución superior, no sólo para el crecimiento de las corrientes financieras, sino también respecto a los términos y condiciones de su asistencia. No lo hicieron. Continuar así es condenar a África a conocer un decenio aún peor que el de 1980.

Apoyamos la propuesta del Secretario General de convocar una conferencia internacional sobre la financiación del desarrollo; por otra parte, el Consejo Económico y Social escuchó esta propuesta e invitó a la Asamblea General a que procediera a un examen de la misma en este período de sesiones.

También nos alegra la decisión del Gobierno del Japón de organizar en 1993 una conferencia internacional sobre el desarrollo de África, con la participación de los Jefes de Estados africanos. Por nuestra parte, la firma del tratado por el que se crea la Comunidad Económica Panafricana traduce nuestra voluntad de integración económica, a fin de hacer frente a los retos presentes y futuros.

Burkina Faso no ha cesado de afirmar la importancia de una cooperación económica fundada en la justicia y la solidaridad; ya sea esta cooperación entre el Sur y el Sur o entre el Norte y el Sur, el objetivo debe ser obtener para todos un crecimiento económico equilibrado y el desarrollo. Este objetivo no se alcanzará si no existe un apoyo adecuado para las estrategias de desarrollo y continúan aplicándose las prácticas proteccionistas del Norte, como lo testimonia la Ronda Uruguay.

Por consiguiente, consideramos de la máxima importancia conciliar los derechos humanos y el derecho al desarrollo en un período tan crucial como el de la transición hacia la democracia. De ello depende el éxito de todo el proceso en nuestros Estados. A este respecto, el 2 de junio de 1991 el pueblo de Burkina Faso aprobó por referéndum una Constitución que rige en la actualidad la vida nacional. El proceso iniciado continuará hasta la instauración de nuevas instituciones tras elecciones pluralistas y libres, a celebrarse el 12 de enero de 1992 para la asamblea legislativa, y con anterioridad para la presidencia.

En lo tocante al medio ambiente, y en vísperas de la Conferencia del Brasil, de 1992, nadie duda ya de la realidad y la gravedad de la amenaza que se cierne sobre el planeta debido al deterioro del medio ambiente. Todos, países desarrollados y países en desarrollo por igual, sabemos que las responsabilidades que tienen los países desarrollados en el proceso de deterioro son las mayores. La serie de reuniones preparatorias que se ha llevado a cabo desde la aprobación de la resolución 44/228, de 22 de diciembre de 1989, en la que se convoca la Conferencia de Rio de Janeiro, demuestra el nivel de conciencia de los Estados en distintas partes del mundo.

Algunos países ya han tomado medidas en el plano local, basados en las recomendaciones que emanan de esas reuniones preparatorias. Tal es el caso de mi país, Burkina Faso. Solamente a medida que avancemos en nuestra reflexión se pondrá de manifiesto el hecho de que la restauración y la preservación del medio ambiente constituyen una tarea a largo plazo, y en realidad, una tarea constante, que requerirá enormes recursos humanos, materiales, tecnológicos y financieros los que, en su mayoría, no están al alcance de nuestras economías débiles. Sólo la acción común del Norte y el Sur permitirá hacerle frente.

Antes de concluir quisiera reafirmar la convicción de Burkina Faso en el sentido de que la mayoría de los problemas de este mundo sólo pueden resolverse mediante el diálogo y la negociación entre países desarrollados y países en desarrollo, con miras a lograr soluciones concretas mediante el enfoque multilateral de estos problemas.

Actualmente las Naciones Unidas cuentan con 166 Miembros que han ratificado la Carta. Los ideales de 1945 siguen siendo los mismos, aunque el mundo ha cambiado mucho. Es hora de revisar no sólo los objetivos sino también el tipo de respuesta que la Organización puede dar a las preguntas actuales y a su propio funcionamiento. Por nuestra parte, deseamos que la Organización sea cada vez más eficiente y más activa, para el mayor beneficio de un número mayor. El hombre nunca ha sido tan grande ni tan vulnerable. Vive en la abundancia y en la miseria absoluta. Es hora de que la Organización recoja los frutos de su labor paciente y ardua, para bien de la humanidad, la paz, la seguridad y un orden más justo y más humano.

El PRESIDENTE (interpretación del árabe): Agradezco al Ministro de Relaciones Exteriores de Burkina Faso las amables palabras que me ha dirigido.

DISCURSO DEL SR. JAMES BRENDAN BOLGER, PRIMER MINISTRO DE NUEVA ZELANDIA

El PRESIDENTE (interpretación del árabe): La Asamblea escuchará ahora una declaración del Primer Ministro de Nueva Zelanda.

El Sr. James Brendan Bolger, Primer Ministro de Nueva Zelanda, es acompañado a la tribuna.

El PRESIDENTE (interpretación del inglés): Tengo el gran placer de dar la bienvenida al Primer Ministro de Nueva Zelanda, el Muy Honorable James Brendan Bolger, e invitarlo a dirigir la palabra a la Asamblea General.

Sr. BOLGER (Nueva Zelanda) (interpretación del inglés):

Sr. Presidente: En primer lugar, en nombre del Gobierno y el pueblo de Nueva Zelanda, permítame felicitarlo por su elección. Sin duda este ha sido un año memorable tanto para usted como para el Reino de Arabia Saudita.

Quisiera asimismo rendir homenaje al Secretario General, Sr. Javier Pérez de Cuéllar, quien ha trabajado incansablemente durante los últimos 10 años para reducir la tirantez en todo el mundo. A medida que se acerca al final de un decenio de servicios, deseo expresarle al Secretario General mis felicitaciones y las del Gobierno y el pueblo de Nueva Zelanda por su contribución personal a la causa de la paz en el mundo.

Sr. Presidente: Me complace enormemente unírmele para dar la bienvenida a los nuevos Miembros, en este cuadragésimo sexto período de sesiones de la Asamblea General de las Naciones Unidas. En especial deseo dar la bienvenida a los Estados Federados de Micronesia, nuevo Miembro de este órgano pero amigo conocido de mi país en tanto que anfitrión de la más reciente reunión de las Naciones del Foro del Pacífico Meridional. Es para mí un gran placer que ellos y sus vecinos cercanos, la República de las Islas Marshall, se unan a nosotros en esta oportunidad.

Es fuente de inmensa satisfacción ver aquí hoy por primera vez a los representantes legítimos de Letonia, Lituania y Estonia. Rindo tributo al valor y la decisión de estas tres naciones europeas que han luchado durante tanto tiempo contra el dominio totalitario. Su reconocimiento internacional como Estados soberanos e independientes pone fin al capítulo de su historia que se inició cuando fueron incorporadas por la fuerza a la Unión Soviética, en 1940.

Su independencia y su ingreso como Miembros de esta Organización, junto con la República de Corea, a la cual doy una cordial bienvenida, y la República Democrática Popular de Corea, señalan el fin de una era o, aun más importante, el comienzo de una nueva era en las relaciones internacionales.

Las nuevas oportunidades en la política y el comercio exigen nuestra atención. Los nuevos problemas son un desafío constante para nuestra capacidad. En Yugoslavia vemos una situación que clama por una solución pacífica. Se ha probado la mediación. Debe probarse nuevamente. Nunca tendrá éxito a menos que - y mientras que - las partes en el conflicto estén dispuestas a comprometerse plenamente en el proceso. Así pues, mi Gobierno hace un llamamiento a todos los demás miembros de la comunidad internacional que puedan tener alguna influencia - directa o indirecta - a que usen esa influencia para persuadir a las partes en el conflicto a que acepten la mediación, si no pueden resolver sus diferencias pacíficamente por sí solos.

Hoy los problemas pueden parecer sin solución, pero las cuestiones difíciles se pueden resolver. Ya el cambio en la política mundial se ha visto premiado por un progreso significativo en la esfera del desarme. Las superpotencias se han comprometido a realizar reducciones sustanciales en sus arsenales de armas nucleares. Si bien el mundo acoge calurosamente cada nuevo paso dado en el camino hacia la reducción de las armas nucleares, acordada por las superpotencias, estos progresos se ven socavados por la proliferación real o posible de armas nucleares en otras naciones. Por lo tanto, en la limitación de armamentos nada es más importante que las medidas destinadas a detener la proliferación de las armas nucleares.

En tanto que una de las primeras naciones en firmar y ratificar el Tratado sobre la no proliferación, de las Naciones Unidas, Nueva Zelanda cree firmemente que los intentos por detener la proliferación de las armas nucleares deben constituir un tema de la más alta prioridad en el programa de la Organización. Los peligros de las armas nucleares son tales que de no detenerse su proliferación, los recientes progresos alcanzados en materia de reducción de armas estratégicas disminuirían seriamente.

Acogemos con beneplácito las recientes decisiones de Francia y la República Popular de China de adherir el Tratado sobre la no proliferación. Ahora que el Tratado abarcará a todas las actuales Potencias nucleares del mundo, Nueva Zelanda insta a todas las partes a que en 1995 convengan en su extensión indefinida.

Al escoger las armas nucleares para prestarles una atención especial no quiero en modo alguno restarle importancia al trabajo necesario para limitar otras armas de destrucción en masa, como las que utilizan agentes químicos o biológicos.

La importancia de la tarea de detener la proliferación de todas las armas de destrucción en masa debe anclarse firmemente en las mentes de todas las personas racionales de todas partes, después de la inquietante posibilidad de que Saddam Hussein utilizara esas armas durante su ocupación ilegal del Estado de Kuwait. Ese acto de agresión puso a prueba la fortaleza y el compromiso de este órgano mundial.

Todos podemos enorgullecernos de que el liderazgo demostrado por las Naciones Unidas en el ejercicio de su autoridad moral indudable consiguiera facilitar la reunión de una gran coalición de naciones decididas a que el poderío de Saddam Hussein no prevaleciera y a que Kuwait recobrar su condición de independencia soberana. Durante las peligrosas semanas de la crisis del Golfo, las Naciones Unidas, con la firme dirección del Consejo de Seguridad, demostraron una firmeza de juicio y un compromiso con los ideales de las Naciones Unidas tales que han fortalecido la categoría y la autoridad de esta Organización. El Consejo de Seguridad logró reflejar de manera exacta el sentir de la Asamblea General debido a su amplia representación de todas las regiones y a su inclusión en él de los Estados pequeños y vulnerables junto a los grandes y poderosos.

Quiero rendir un caluroso homenaje a los vecinos árabes de Kuwait, que apoyaron resueltamente los derechos de una nación pequeña independiente y que se negaron a retroceder ante la intimidación o las amenazas. A su firmeza en las primeras etapas de la crisis se debe en gran parte la liberación final de Kuwait.

El papel de los Estados Unidos en organizar la coalición de naciones que cooperaron en la liberación de Kuwait fue una demostración impresionante de diplomacia internacional. Las fuerzas de los Estados Unidos, con sus contrapartidas británica, francesa y árabe, hicieron una no menos impresionante demostración en tierra y aire. Pero, por encima de los logros de las naciones individuales, estuvo el compromiso contraído por las naciones, grandes y pequeñas, con el contingente militar que se reunió para detener la agresión y garantizar los derechos independientes y soberanos de la nación pequeña, Kuwait. Me siento orgulloso de que mi país desempeñara un pequeño papel en esa coalición y de que haya podido contribuir posteriormente a las comisiones de las Naciones Unidas establecidas tras la guerra, como la que trata de la eliminación de las armas de destrucción masiva.

Somos un país pequeño situado en el Pacífico sudoccidental, y no amenazamos a nadie ni tratamos de imponer nuestra voluntad a otros países. Pero, al unirnos a la coalición hicimos honor a una tradición de Nueva Zelanda de oponernos a la tiranía y de apoyar la libertad. Con más suerte que otros, todos nuestros efectivos militares regresaron sanos y salvos a casa

en esta ocasión, pero muchos de sus antecesores en la búsqueda de los mismos objetivos descansan en los campos de batalla del mundo contemporáneo. Nunca hemos eludido nuestras responsabilidades.

Igual que nos opusimos a un dictador en el Golfo, los pueblos amantes de la paz de todo el mundo nos hemos regocijado de presenciar también el colapso del comunismo totalitario en Europa. A ese sistema lo ha derrotado no la fuerza de las armas sino la gente corriente que, a millares, manifestó por las calles para reclamar el derecho dado por Dios a la libertad de pensamiento, de expresión y de reunión, y su derecho a un gobierno democrático. Ha sido una gloriosa victoria para el indomable espíritu del ser humano.

Pero permítaseme una nota de advertencia: esta impresionante victoria podría convertirse en amargura, y la esperanza en desesperación, si todas las naciones no dan muestra de un valor semejante para hacer frente a un desafío económico que tampoco tiene precedentes. La mano colaboradora que más necesitan tanto las democracias emergentes en Europa como los países en desarrollo es la mano del comercio. Así que las barricadas que tenemos que derribar ahora no son las que se erigen para detener los tanques sino las que obstaculizan el comercio.

Para mantener y asegurar los enormes cambios políticos que han sucedido, para negar a los dictadores la excusa de codiciar el territorio de otros, para aliviar la aplastante carga de la deuda a la que se enfrentan demasiados países, para proporcionar una alternativa económica a la destrucción de nuestro medio ambiente, para hacer todas estas cosas, y más, tenemos que reconocer que es esencial cambiar el sistema internacional de comercio. Sin esos cambios, ¿cómo pueden las nuevas democracias de Europa hacer lo que quieren hacer por sus pueblos si sus exportaciones encuentran restricciones en los mercados exteriores? ¿Cómo pueden las endeudadísimas naciones en desarrollo pagar su deuda si se enfrentan no sólo a restricciones similares sino también a una competencia subvencionada?

Este no es un debate en el que esté totalmente clara una línea de separación Norte-Sur, porque las restricciones comerciales y también las subvenciones se producen a ambos lados de la línea. Es un debate que trata de

llenar de contenido los muchos discursos floridos, de ayudar a los que están luchando por escapar de la pobreza y de asegurar las libertades democráticas que se han ganado tan recientemente. Este es un debate sobre cómo complementar la ayuda con el comercio.

La Ronda Uruguay de negociaciones comerciales multilaterales comensó hace casi cinco años. Fue y sigue siendo la ronda más ambiciosa de todas las rondas de negociación comercial. Sin embargo, se encuentra ante un peligro real de fracaso si los compromisos políticos contraídos en 1986, y que se han repetido desde entonces - la última vez en la reunión del Grupo G-7 de este año -, no se traducen en decisiones sustantivas que ya tendrían que haberse tomado hace mucho.

Un país como el mío, dependiente del comercio para su propia supervivencia, encuentra increíble que dirigentes políticos y económicos que dan pruebas de responsabilidad en tantos aspectos, y que están participando y alentando el alba de una nueva era política, no hayan logrado superar el atasco en las negociaciones. En efecto, el Grupo G-7 de países industrializados, bajo la presidencia del Primer Ministro británico, nos hizo concebir una nueva esperanza. Ciertamente los Estados Unidos han sido, y siguen siendo, un firme defensor de un sistema de comercio internacional liberalizado. Sensatos dirigentes de la Comunidad Europea y muchos dirigentes del mundo en desarrollo han hecho un llamamiento en favor de avances mayores.

Pero parece que se trata de palabras, palabras y más palabras, pero de poca acción. Si queremos tener éxito, las palabras deben dar paso a la acción. Se nos está agotando el tiempo. Se dice frecuentemente que la alternativa a una conclusión feliz y sustancial de la Ronda Uruguay es una serie de bloques comerciales: grupos de países que se encierran en sí mismos, sin alcanzar su plena capacidad de competencia; que sobreviven, quizá, pero a un nivel más bajo y más inestable que el que podrían conseguir en un sistema liberal de comercio mundial.

Todo esto es bastante posible, pero yo sugiero que ésta no es la peor hipótesis. La peor hipótesis es que esos países que han encontrado sus nuevas libertades vean que esas libertades les son arrebatadas por regímenes que

utilicen la excusa de la necesidad de un control económico de economías en desintegración como cobertura para la opresión política. La hipótesis peor es que países estables sean menos estables debido a que no pueden obtener las divisas necesarias para satisfacer las aspiraciones legítimas de sus pueblos. Es retrasar el reloj en vez de adelantarlo.

Para evitar eso - y debemos evitarlo - mi petición desde esta tribuna es que se derriben las barricadas que impiden un comercio equitativo. Y si los poderosos no lo hacen para ayudar a los débiles, entonces lo tienen que hacer por la razón egoísta de que es la única manera de garantizar en el mundo una paz duradera. El comercio entre naciones es lo que acaba con el temor, y el compartir los recursos mediante el comercio es lo que impide las guerras de conquista. Si los egoístas triunfan, si fracasa el Acuerdo General sobre Aranceles y Comercio (GATT), entonces los dirigentes de hoy habrán echado la simiente de futuros conflictos. Este es un mensaje duro pero así lo exige la gravedad de la situación.*

* El Sr. Al-Khussaiby (Omán), Vicepresidente, ocupa la Presidencia.

Logremos este año un hito en el progreso del comercio internacional, para que podamos avanzar con confianza hacia la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Medio Ambiente y el Desarrollo, que se celebrará el año próximo. Un sistema comercial libre y justo es vital para nuestros esfuerzos por conservar y fortalecer el medio ambiente. Ya hemos avanzado en temas tales como la pesca de deriva y el Protocolo de Montreal relativo a las sustancias agotadoras de la capa de ozono. Pero tenemos que aprovechar al máximo estos avances garantizando que los Estados apliquen plenamente las medidas adoptadas en esas esferas. La Conferencia de las Naciones Unidas que se celebrará el año próximo en el Brasil será la verdadera prueba de nuestra capacidad de cooperar en el empeño de encontrar un equilibrio adecuado entre el desarrollo y la protección del medio ambiente. Mi país es el primero que ha consagrado el concepto de desarrollo sostenible en la legislación sobre recursos naturales.

Poco antes de salir de Nueva Zelanda, siete estudiantes de siete continentes del mundo encendieron velas por la paz frente a los paneles tukutuku maoríes que representan la búsqueda de la sabiduría. Saludaban la aurora de esta nueva Asamblea General de las Naciones Unidas. Los estudiantes participaron en esta ceremonia en Nueva Zelanda porque nuestro país es uno de los primeros en ver la salida del sol y una ceremonia al amanecer es la forma tradicional maorí de reconocer un nuevo comienzo.

Todos podemos regocijarnos de contemplar nuevos comienzos en muchas partes del mundo: en Europa, en Camboya, en Sudáfrica. No debemos dejar pasar este momento de la historia; ahora hemos de sustituir una comprensión de cómo destruirnos unos a otros por una nueva comprensión de cómo vivir y comerciar entre nosotros.

Mi más ferviente esperanza y mis oraciones van dirigidas a que esta gran Asamblea de naciones tenga la valentía moral de hacer no sólo lo necesario sino lo correcto.

El PRESIDENTE (interpretación del inglés): En nombre de la Asamblea General, quiero dar las gracias al Primer Ministro de Nueva Zelanda por la importante declaración que acaba de formular.

El Sr. James Brendan Bolger, Primer Ministro de Nueva Zelanda, es acompañado al retirarse de la tribuna.

Se suspende la sesión a las 12.25 horas y se reanuda a las 12.40 horas.*

DISCURSO DEL SR. GEORGE BUSH, PRESIDENTE DE LOS ESTADOS UNIDOS DE AMERICA

El PRESIDENTE (interpretación del árabe): La Asamblea escuchará ahora un discurso del Presidente de los Estados Unidos de América.

El Sr. George Bush, Presidente de los Estados Unidos de América, es acompañado al Salón de la Asamblea General.

El PRESIDENTE (interpretación del árabe): En nombre de la Asamblea General, tengo el honor de dar la bienvenida a las Naciones Unidas a Su Excelencia el Sr. George Bush, Presidente de los Estados Unidos de América, a quien invito a dirigirse a la Asamblea General.

El Presidente BUSH (interpretación del inglés): Es un gran honor para mí hablar con ustedes en la inauguración del cuadragésimo sexto período de sesiones de la Asamblea General. En primer lugar, quisiera felicitar al Presidente saliente, Guido De Marco, de Malta, y saludar a nuestro actual Presidente, Samir Al-Shihabi, de la Arabia Saudita.

Quiero saludar también especialmente al Secretario General, Javier Pérez de Cuéllar, quien dejará su cargo dentro de tres meses. Permítaseme decir que el Secretario General Pérez de Cuéllar ha cumplido su cometido con gran distinción en una época de cambios y agitación sin precedentes, y durante casi 10 años hemos disfrutado de la conducción de este hombre de paz, un hombre al que - junto con muchos Miembros - me enorgullezco de llamar amigo. Por ello, permítasenos felicitar hoy a nuestro amigo y encomiar los servicios extraordinarios que ha brindado a las Naciones Unidas y a los pueblos del mundo, el Secretario General.

Permítaseme también dar la bienvenida a este Salón a los Estados Miembros más recientes: las dos delegaciones que representan a Corea, especialmente nuestros amigos democráticos, la República de Corea; las Repúblicas de Estonia, Letonia y Lituania y las nuevas misiones de las Islas Marshall y de Micronesia.

* El Presidente vuelve a ocupar la Presidencia.

Hace 20 años, cuando yo era el Representante Permanente de los Estados Unidos aquí, había 132 Estados Miembros de las Naciones Unidas. Hace escasamente una semana, 159 naciones disfrutaban de su pertenencia a las Naciones Unidas como Miembros, y hoy el número es de 166. La sola presencia de esos nuevos Estados Miembros nos da motivos para celebrar.

Mi declaración de hoy no se parecerá a ninguna de las que se hayan escuchado de un Presidente de los Estados Unidos. No voy a extenderme sobre la competición entre las superpotencias, que durante medio siglo definió la política internacional. En lugar de ello, me referiré a los desafíos que representa el hecho de construir la paz y la prosperidad en un mundo caracterizado por el fin de la guerra fría y la reanudación de la historia.

Durante años el comunismo mantuvo a la historia cautiva en sus antiguas controversias suspendidas y en sus antiguos prejuicios, sus rivalidades étnicas y sus aspiraciones nacionales. Con su disolución, los odios pendientes han vuelto a cobrar vida. Los pueblos a los que durante años se les había negado su pasado han comenzado a buscar sus propias identidades, a menudo por medios pacíficos y constructivos y en algunas ocasiones mediante el faccionalismo y el derramamiento de sangre.

Este resurgimiento de la historia nos introduce en una nueva era plena de oportunidades y de peligros. Comencemos haciendo referencia a las oportunidades. En primer lugar, la renovación de la historia permite que los pueblos sigan sus instintos nacionales para la empresa. El comunismo congeló ese progreso hasta que sus fallas se tornaron excesivas, incluso para quienes lo defendían. Y ahora, los ciudadanos de todo el mundo han elegido la empresa y no la envidia, la responsabilidad personal y no las tentaciones del Estado, la prosperidad y no la pobreza de la planificación centralizada.

La Carta de las Naciones Unidas alienta esa aventura al comprometerse a emplear los mecanismos internacionales para la promoción del avance económico y social de todos los pueblos, y no puedo pensar en otra manera mejor de cumplir ese cometido que mediante la promoción del libre flujo de bienes y de ideas. Francamente, las ideas y los bienes viajarán por todo el mundo, con nuestra ayuda o sin ella. La revolución de la información ha destruido las armas del aislamiento forzoso y de la ignorancia. En muchas partes del mundo,

la tecnología se ha impuesto sobre la tiranía y ha demostrado que la era de la información puede convertirse en la era de la liberación. Si limitamos con sensates el poder del Estado y damos a nuestros pueblos la libertad de utilizar de la mejor manera las nuevas ideas, las nuevas invenciones y las nuevas perspectivas, por el mismo motivo el mundo ha aprendido que los mercados libres proporcionan niveles de prosperidad, crecimiento y felicidad que las economías de planificación centralizada nunca pueden ofrecer.

Hasta las estimaciones más benévolas indican que en los últimos años las economías del mundo libre han crecido a un ritmo que duplica al del antiguo mundo comunista. El crecimiento hace algo más que llenar los estantes; compromete a todos para que obtengan ganancias, no a expensas de los otros sino en beneficio de los otros. La prosperidad alienta a los pueblos para que vivan como vecinos, no como depredadores. El crecimiento económico puede ayudar a las relaciones internacionales exactamente de la misma manera.

Muchas naciones representadas aquí integran el Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio (GATT). La Ronda Uruguay, última de la serie de posguerra de las negociaciones comerciales, brinda esperanzas a los países en desarrollo, muchos de los cuales han sido cruelmente engañados y divididos por las falsas promesas del totalitarismo. En esta Sala oímos hablar de los problemas Norte-Sur, pero el comercio libre y abierto, incluido el libre acceso a los mercados y al crédito ofrece a los países en desarrollo medios para lograr la autosuficiencia y la dignidad económicas.

Si fracasara la Ronda Uruguay, una nueva ola de proteccionismo podría destruir nuestra esperanza en un mundo mejor. La historia demuestra muy claramente que el proteccionismo puede destruir la riqueza de los países y emponzoñar sus relaciones. Por lo tanto, pido a todos los miembros del GATT que dupliquen sus esfuerzos para lograr que la Ronda Uruguay llegue a una conclusión con éxito. Prometo que los Estados Unidos harán lo que esté de su parte.

Es necesario recalcar que el progreso económico desempeñará un papel de la mayor importancia en el nuevo mundo, ya que es el terreno en que mejor se desarrolla la democracia. Todos los pueblos anhelan un gobierno del y para el pueblo y quieren disfrutar de su derecho inalienable a la libertad, la propiedad y la persona. Los desafíos a la democracia fracasaron. Hace sólo

un mes, los conspiradores trataron de hacer descarrillar en la Unión Soviética a las fuerzas de la libertad y la reforma, pero los ciudadanos soviéticos se negaron a seguir por ese camino. La mayoría de las naciones aquí representadas apoyó las fuerzas de la reforma conducidas por Mikhail Gorbachev y Boris Yeltsin, y se mantuvo contra los golpistas.

El reto con que se enfrentan los pueblos soviéticos ahora - el de elaborar sistemas políticos basados en la libertad individual, los derechos de la minoría, la democracia y el mercado libre - refleja la responsabilidad de todas las naciones de alentar la reforma pacífica y democrática, pero es también reflejo del poder extraordinario del ideal democrático. Cuando prospera la democracia se da también la oportunidad de un tercer avance histórico, el de la cooperación internacional. Hace un año la Unión Soviética se sumó a los Estados Unidos y a muchas otras naciones para defender a un pequeño país contra la agresión y oponerse a Saddam Hussein. Por vez primera en la historia, en un problema de la mayor importancia se substituyó la competencia entre las grandes Potencias por la cooperación internacional. Las Naciones Unidas, en uno de sus momentos más brillantes, elaboraron una respuesta audaz, ponderada y sensata a Saddam Hussein, y se opusieron a un proscrito que había invadido a Kuwait, que amenazaba a muchos Estados de la región y que trataba de sentar un precedente amenazador para el mundo posterior a la guerra fría.

El esfuerzo de la coalición dio una pauta para el arreglo colectivo de las controversias. Los miembros establecieron el objetivo - la liberación de Kuwait - y concibieron un medio audaz y unificado de lograrlo. Y ahora por vez primera se nos presenta la oportunidad verdadera de cumplir el objetivo de la Carta de las Naciones Unidas de obrar para

"... preservar a las generaciones venideras del flagelo de la guerra ... reafirmar la fe en los derechos fundamentales del hombre, en la dignidad y el valor de la persona humana, en la igualdad de derechos de hombres y mujeres y de las naciones grandes y pequeñas ... a promover el progreso social y a elevar el nivel de vida dentro de un concepto más amplio de la libertad."

Son las palabras de la Carta.

No restauraremos estos ideales si no reconocemos el reto que constituye la renovación de la historia. Las pasiones nacionalistas han vuelto a estallar en Europa y en Asia, desafiando fronteras y poniendo a prueba la trama de la sociedad internacional. Y en todo el mundo siguen enconándose muchos conflictos antiquísimos. Hay indicios de ello aquí mismo: las Naciones Unidas han organizado más misiones de mantenimiento de la paz en los últimos 36 meses que en sus primeros 43 años de existencia, y aunque parece que ahora estamos misericordiosamente libres del miedo al holocausto nuclear, estos pequeños conflictos virulentos nos deben preocupar a todos.

Debemos hacer frente directamente a ese desafío, primero siguiendo con la solución pacífica de las controversias que está en marcha actualmente, y segundo - y más importante - tratando de evitar que surjan nuevas controversias. Ninguno de los presentes puede prometer que las fronteras de hoy han de permanecer intocadas para siempre, pero podemos esforzarnos por asegurar un arreglo pacífico y negociado de las controversias fronterizas.

También debemos promover la causa de la armonía internacional ocupándonos de las antiguas disputas. Debemos tomarnos en serio la promesa de la Carta de practicar la tolerancia y de vivir juntos en paz como buenos vecinos. La resolución 3379 (XXX) de la Asamblea General de las Naciones Unidas, por la que se equipara al sionismo con el racismo, se burla de esa promesa y de los principios en que se basó la creación de las Naciones Unidas, y ahora pido que se la derogue. El sionismo no es una política: es la idea que llevó a la creación de una patria para el pueblo judío, al Estado de Israel, y equiparar el sionismo con el pecado del racismo es tergiversar la historia y olvidarse del terrible sino de los judíos en la segunda guerra mundial y en toda la historia. Equiparar al sionismo con el racismo es rechazar al mismo Israel, Miembro de pleno derecho de las Naciones Unidas. Este órgano no puede pretender que defiende la paz si al mismo tiempo niega el derecho de Israel a existir. Derogando esa resolución sin condiciones las Naciones Unidas aumentarán su prestigio y defenderán la causa de la paz.

Al esforzarnos por hacer frente a los retos que plantea la reanudación de la historia debemos defender también el hincapié que hace la Carta en los derechos humanos inalienables. El gobierno fracasa si los ciudadanos no pueden expresar su opinión, si no pueden constituir libremente sus partidos

políticos y elegir gobiernos sin coacción, si no pueden practicar libremente su religión, si no pueden formar en paz sus familias, si no pueden gozar de los beneficios justos de su trabajo, si no pueden llevar vidas fructíferas y al final de sus días reflexionar con orgullo sobre sus éxitos y sobre el progreso de sus sociedades. Los políticos que hablan de democracia y libertad pero no conceden ninguna recibirán el aquijón de la reprobación pública y del poder de los pueblos que anhelan vivir en libertad.

Algunas naciones siguen denegando a sus pueblos los derechos básicos, y demasiadas voces se levantan en defensa de la libertad. Por ejemplo, el pueblo de Cuba sufre opresión de manos de un dictador que no se ha dado cuenta de ello, el único bastión en un hemisferio que es por lo demás democrático, un hombre que no se ha adaptado a un mundo en el que no cabe la dictadura totalitaria. Los déspotas de todas partes dejan de lado el hecho alentador de que el resto del mundo ha iniciado una nueva era de libertad.

La renovación de la historia nos impone también la obligación de permanecer vigilantes ante la aparición de nuevas amenazas o la reiteración de las viejas. Debemos ampliar nuestros esfuerzos por detener la proliferación nuclear. Debemos esforzarnos por impedir la diseminación de las armas químicas y bacteriológicas y de los misiles para transportarlas.

Por esa razón he presentado la iniciativa sobre armamentos en el Oriente Medio, inspirada en un criterio amplio encaminado a detener y, de ser posible, invertir la acumulación de armamentos en esa región tan proclive a la violencia. Debemos recordar que el interés individual de las naciones las contrapone y que la lucha por defender esos intereses puede tornarse violenta en algunos casos. Nunca podemos saber cuándo se producirá un conflicto. Tampoco podemos prometer una paz eterna, por lo menos, en tanto existan demagogos que ofrecen promesas huecas a los pobres hambrientos de esperanzas o en tanto los terroristas utilicen de rehenes a nuestros ciudadanos y los narcotraficantes destruyan nuestros pueblos. Por tanto, debemos unirnos para eliminar estas afrentas a la dignidad humana. Ya no se puede aceptar que alguien se encoja de hombros y diga que quien para algunos es un terrorista, para otros es un luchador por la libertad. Coloquemos al derecho por encima de la práctica cruel y cobarde de la toma de rehenes.

En un mundo caracterizado por los cambios, debemos ser tan firmes en nuestros principios como flexibles en nuestra respuesta a las nuevas situaciones internacionales. Ello se aplica hoy especialmente al Iraq. A seis meses de la aprobación por el Consejo de Seguridad de las resoluciones 687 (1991) y 688 (1991), Saddam Hussein sigue reconstruyendo sus armas de destrucción en masa y sometiendo al pueblo iraquí a una brutal represión. El desprecio de Saddam por las resoluciones de las Naciones Unidas quedó primero demostrado en agosto de 1990 y continúa aún en este mismo momento. Su Gobierno sigue negándose a permitir las inspecciones incondicionales por helicópteros y ahora mismo se niega a permitir que inspectores de las Naciones Unidas abandonen instalaciones examinadas con documentos vinculados a un programa iraquí de armas nucleares. A juicio de los Estados Unidos, debemos mantener las sanciones de las Naciones Unidas mientras Saddam Hussein siga en el poder. Ello también demuestra que no podemos transigir ni por un momento en nuestra exigencia de que el Iraq destruya todas sus armas de destrucción en masa y sus vectores. Y no vamos a transigir.

Eso no quiere decir - y debe quedar bien claro - que debemos castigar al pueblo iraquí. Repito: nuestro litigio no ha sido nunca con el pueblo del Iraq, sino con un dictador brutal cuya arrogancia deshonorra al pueblo iraquí. La resolución 706 (1991) del Consejo de Seguridad creó un mecanismo responsable del envío de socorro humanitario a ciudadanos iraquíes inocentes. Debemos poner en marcha ese mecanismo. No debemos abandonar nuestra posición de principios frente a la agresión de Saddam. Este esfuerzo cooperativo liberó a Kuwait; ahora puede conducir a un gobierno justo en el Iraq. Y cuando ello ocurra, el pueblo iraquí podrá aspirar a una vida mejor, a la libertad interna, a participar en un mundo allende sus fronteras.

La reanudación de la historia también permite que las Naciones Unidas retomen la importante tarea de fomentar los valores a que hoy hice referencia. Este órgano puede servir de vehículo para que, con la voluntad de las partes, se resuelvan las viejas controversias. En los meses venideros esperamos trabajar de consuno con el Secretario General Pérez de Cuéllar y con su sucesor en la búsqueda de la paz en tierras atribuladas tan dispares como el Afganistán, Camboya, Chipre, El Salvador y el Sáhara Occidental. Las Naciones Unidas pueden alentar el desarrollo de mercados libres a través de las instituciones internacionales de crédito y ayuda. Sin embargo, no deben dictar la forma particular de gobierno que han de darse las naciones. Pueden, sí, y deben impulsar los valores en los que se funda esta Organización. Juntos debemos insistir en que las naciones que buscan nuestra aceptación cumplan con las normas de la decencia humana.

En los casos en que las instituciones de la libertad han estado inactivas, las Naciones Unidas pueden ofrecer nueva vida. Esas instituciones desempeñan un papel fundamental en nuestra búsqueda de un nuevo orden mundial, un orden en el que ningún país tenga que ceder un ápice de su soberanía, un orden caracterizado por el imperio del derecho y no por el recurso a la fuerza, por la solución cooperativa de las controversias y no por la anarquía y el derramamiento de sangre, y, finalmente, un nuevo orden caracterizado por una firme convicción en los derechos humanos.

Por último, podrán preguntarse cuál será el papel de los Estados Unidos en el nuevo mundo que acabo de describir. Puedo asegurarles que los Estados Unidos no tienen intención alguna de imponer una pax americana. Pero seguiremos participando. No nos retiraremos ni nos aislaremos. Ofreceremos, en cambio, nuestra amistad y nuestro liderazgo. En pocas palabras, buscamos una pax universalis, cimentada en responsabilidades y aspiraciones compartidas.

A todos los aquí reunidos, quiero decirles que tenemos una oportunidad de evitar a nuestros hijos las consecuencias de nuestros pecados y errores del pasado. Podemos construir el futuro más satisfactorio que el mundo haya conocido jamás. El futuro se presenta ilimitado ante nosotros, preñado de promesas y plagado de peligros. Pero podemos elegir el mundo que queremos: un mundo flagelado por la guerra y sometido a los vientos de la coacción y el azar, o un mundo más pacífico, por el camino de la reflexión y la elección.

Tomen ustedes con seriedad este desafío e inspiren a las generaciones venideras para que los encomien y veneren, diciendo: "Sobre las ruinas de los conflictos, estos hombres y mujeres valerosos construyeron una era de paz y comprensión. Inauguraron un nuevo orden mundial, un orden que merece preservarse a través de los tiempos".

Buena suerte a todos.

El PRESIDENTE (interpretación del árabe): En nombre de la Asamblea General, deseo agradecer al Presidente de los Estados Unidos de América el discurso que acaba de pronunciar.

El Sr. George Bush, Presidente de los Estados Unidos de América, es acompañado fuera del Salón de la Asamblea General.

Se levanta la sesión a las 13.10 horas.